



JUAN PALOMO,

O LA EXPIACION DE UN BANDIDO.

Segunda parte

DE LOS SIETE NIÑOS DE ECILJA.

Drama en cinco actos y en verso, por D. LUIS MEJIAS Y ESCASSY, representado por primera vez con extraordinario éxito, en el teatro del Balon de Cádiz, el día 24 de Junio de 1865.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARÍA FRANCISCA.	Doña Cristina Cortés y Avilés.
MAGDALENA.	Doña Pastora Osuna.
QUITERIA.	Doña Josefa Cruz.
CASILDA.	Doña María Galan.
JUAN PALOMO.	D. José María Caballero.
ENGRUDO.	D. José Villegas.
EL CIERVO.	D. Gaspar Ramos.
D. PEDRO DE ARIAS.	D. Sebastian Bechio.
TIO CURRO EL PELON.	D. José Barrocal.
EL TIO CARACOGLES.	D. Antonio Lopez.
ANSELMO.	D. Joaquín Regauson.
BANDIDO 1.º.	D. Joaquín Aragon.
Id. 2.º.	D. N. N.
UN MÉDICO.	D. Francisco Guerrero.
UN MAYORAL.	D. N. N.
EL JABALI.	D. José Santander.
DIEGO (niño de diez años.)	
UN COCHERO.	} no hablan.
UN LACAYO.	

Pasajeros, bandidos y labriegos.

ACTO PRIMERO.

Las Ventas de Cárdenas.

Interior de las Ventas de Cárdenas, á la embocadura de Sierra Morena. Ajuar pobrisimo de mesa y sillas; un velon ardiendo sobre la primera, y junto á la misma dos escopetas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

El PELON y ANSELMO.

ANS. Con que esta noche?..

PEL. Esta noche

pasará una diligencia y es preciso hacer negocio.

ANS. Y yo tambien?..

PEL. Tú en la venta esperando el resultado de lo que ocurra, te quedas. Si es caso que la fortuna á algun pasajero alberga en este meson, tú, Anselmo, tengo aqui hasta que yo vuelva.

ANS. Está bien.

PEL. A preparar vamos pues las escopetas, que aunque la noche está mala, para mi debe estar buena.

ANS. Y los otros compañeros?

PEL. Rodando por las malezas, escondidos, temerosos de que una partida venga y dé con ellos, y un lazo en el pescuezo les tienda. Gente cobarde! No saben que ya no hay Niños de Ecija por el camino. Esos perros despues de tantas proezas, de perseguir desgraciados, de matarlos sin concencia, al fin parece que ya se han retirado á su tierra cada uno, á disfrutar lo que adquirieron á fuerza de crímenes, aun mas grandes que los que ahora se cometan.

ANS. Y diga usted: Juan Palomo...

PEL. No me lo nombres si quiera; por todas partes su sombra me persigue y me molesta. Pero no hay que temer; Juan ya no anda por esta tierra, que, segun noticias tengo,

y son noticias certeras,
cansado de perseguir
bandidos, pidió licencia
y se ha marchado á Madrid
á cosas que le interesan.
ANS. Pues por aquí no ha pasado.
PEL. Quién sabe! Pero él no piensa
que yo ando por estos sitios,
ni quiera Dios que lo sepa.
ANS. Le teme usted?
PEL. Tu no sabes
quien es Juan Palomo.
ANS. Sea
lo que fuere; pero ya
dicen que aunque fué una fiera,
se encuentra tan convertido...

PEL. Hipócrita! Si supiera
que yo ando por estos sitios,
de fiyo, hasta aquí viniera,
que tiene conmigo aun
pendiente una larga cuenta.
No vendrá; ignora del todo
que yo esté en Sierra Morena;
pero si viene algun dia,
si es que tú con Juan te encuentras,
no le digas que al Pelon
conoces; ni que siquiera
de mí has sabido en tu vida.

ANS. Lo que es yo...

PEL. Las escopetas
trae.

ANS. (*Trayendo las dos que están junto á la mesa.*)

Tome usted la suya,
que yo me quedo con esta
por si se me ofrece algo.

PEL. Que llegue esa diligencia.
Yo te aseguro, que no
quedará sin recompensa
el afán conque esta noche
voy á salir á la Sierra. (*vase foro.*)

ESCENA II.

ANSELMO solo, despues de haber dejado su escopeta en
el lado de la derecha.

Dios haga que ese negocio
salga derecho! Siquiera
que tengamos que comer
ya que otra cosa no sea.
Válgame Dios, y qué vida
se pasa por estas ventas!
Desde que se establecieron
las malditas diligencias,
todo el que viaja, vá
prevenido de escopeta,
y como van muchos juntos,
no hay quien con ellos se atreva.
Hasta salir á robar
es un cargo de conciencia;
se espone nno á que le larguen
un tiro por la cabeza;
y para qué? para nada,
por robar una miseria.
Me pareció de caballos
oir pisadas... Bueno fuera
que algun pasajero... Puede...
le saldremos á la puerta.
(*antes de salir aparece el Ciervo por el foro.*)

ESCENA III.

ANSELMO y El CIERVO.

CIERVO. Lleva el caballo á la cuadra
y échale un pienso...

ANS. (*Cancla!*
ó yo conozco esa voz,
ó esta no es la vez primera...)

CIERVO. No oyes?

ANS. No es que no oiga,
no padezco de sordera;
pero lo que usted me pide,
no lo hay en esta venta.

CIERVO. Pnes entonces...

ANS. Lo entraré,
si usted quiere, pero á secas.

CIERVO. En no habiendo otro remedio,
qué se ha de hacer?

ANS. No quisiera
equivocarme, mas yo
he visto á usted en esta tierra.
Usted no es lo que parece...
Usted en lo antiguo...

CIERVO. Qué era?

ANS. Que usted anduvo por aquí
rodando por estas sierras.
Yo era chiquillo, y me acuerdo,
lo que es de la cara esa.

CIERVO. Y eso qué tiene de extraño?
Te interesa?

ANS. No; mas...

CIERVO. Ea,
pues quizás no te equivoques.
Lleva el caballo; á qué esperas?
O es que te habrás figurado
que yo soy algun babieca
y te propones robarme...

ANS. Válgame Dios!

CIERVO. Te atormenta
que conozca tu intencion?
Pues mira, mala es la presa,
porque antes de ser quien soy,
fui quien fui, y si me recuerdas...
Andando...

ANS. Voy. No se enfade...
(*Cuando yo dije...*) (*vase por el foro.*)

ESCENA IV.

El CIERVO solo.

Es tontera,
se nos conoce en la cara
que fuimos Niños de Ecija.
Pues señor, capricho ha sido
el citarme en esta venta
Juan Palomo!.. Pero, manda
el capitán... Quién se niega...?
Que será lo que le trae
de nuevo á sierra Morena?
Anduvimos por ahí
desde nuestro indulto, en esa
persecucion de bandidos
que tanto nombre nos diera,
y cansado de esa vida
yo me vine á santa Elena,
sin que en diez años de Juan
haya sabido siquiera,
hasta que ayer una carta

recibi, en que manifiesta
que vá á pasar por aquí,
que lo espere en esta venta,
que quiere darme un abrazo
y luego seguir su senda.
Pero aquí esta este tunante
otra vez.

ESCENA V.

El mismo y ANSELMO.

ANS. Ya está la bestia
resguardada de la lluvia.

CIERVO. Está bien; y aquí no hay leña?

ANS. Eso sí; vale barata
y tenemos gran cosecha.
*Trae leña y enciende fuego junto al cual se sienta
(el Ciervo.)*

Pero... usted se queda aquí?

CIERVO. Mucho preguntas.

ANS. Por fuerza
Como que hace mucho tiempo
que yo vivo en esta venta,
y es el primer pasajero
que ha entrado por esa puerta.

CIERVO. Pues dime; qué hacen ustedes
entonces aquí!

ANS. Friolera!
Salimos al monte; allí
cortamos alguna leña
que vendemos; ó cazamos;
si pasa una diligencia,
la acompañamos un trecho,
y así vivimos.

CIERVO. Es buena.
Y cuántos están ustedes?

ANS. Yo y un viejo.

CIERVO. (Quién te crea!)

Y nada mas!

ANS. Nada mas.

CIERVO. Pues tencis buena faena!
Me parece que me engañas,
que yo he vivido en la Sierra,
y hay aquí otra ocupacion
mas lucrativa que esas.
Pues mira, te lo prevengo,
porque mucho te interesa;
yo espero un hombre esta noche
que ha de llegar á la venta;
con él me precisa hablar
sin que nadie nos entienda;
si ustedes incomodarnos
ni por un momento piensan,
aquí traigo por compañía...
Ves! *(mostrándole el trabuco.)*

ANS. Jesus! Y qué escopeta!
Está bien.

CIERVO. No sientes tú?

ANS. Sí, pisadas son de bestia.

CIERVO. Pues sal al camino y mira.

ANS. Está tan oscuro...

CIERVO. Arrea!

ANS. No es menester que yo salga,
porque ya quién es, se acerca.

JUAN. *(dentro.)* Ciervo!

CIERVO. Aquí estoy. Voy corriendo
á abrazarlo.

(vase y vuelve á poco con Juan Palomo.)

ESCENA VI.

ANSELMO, á poco JUAN PALOMO y el CIERVO.

ANS. Oh! Qué idea!

Esta gente debe ser
gente de por estas tierras.
Sí, sí, yo he visto esa cara...
Qué traerán? Pero, ya llegan.

CIERVO. Entra, Juan; descansa aquí;
vienes calado.

JUAN. Qué quieres?

CIERVO. Qué has hecho?

JUAN. Mis padeceres.

quieres que te cuente?

CIERVO. Sí.
Despues de ausencia tan larga,
calcula tú si mi afan...
Vamos descansa aquí, Juan,
que si tu vida fué amarga.
ahora te encuentras conmigo
para desahogar tu pecho.
Qué mas quieres? Lo derecho
siempre, es tener un amigo.

ANS. Estorbo?

CIERVO. Ya te lo he dicho;
ni escuchar, ni hacerse el tonto;
que te he conocido pronto
y sé que eres un mal bicho.

ANS. No hay de qué. *(vase por la izquierda.)*

ESCENA VII.

JUAN PALOMO y EL CIERVO.

CIERVO. Siéntate, Juan,
y enjúgate aquí en el fuego;
mas deja que desde luego
te llame, mi capitan.

JUAN. Ciervo, esa vida pasó.

CIERVO. Lo sé, pero eso no importa;
á la larga ó á la corta
mandás tú, obedezco yo.
Mandando tú y yo obediente,
es igual para mi plan,
tienes que ser capitan
ó coronel, ó teniente.
Cuánto tiempo! Quién pensará!
Y estas flaco...

JUAN. Mis pesares.
como los tengo á millares,
se me asoman á la cara.

CIERVO. Vamos; y vienes aquí?...
Ansioso estoy por saber...

JUAN. Pronto vas á comprender.
qué es lo que pasa por mí.
Dándole rienda á mi pena,
porque es mi vida afligida,
yo te contaré mi vida
que está de pesares llena.
Y tú?

CIERVO. Yo, bien.

JUAN. Y tu gente?

CIERVO. Tan completa.

JUAN. Tu mujer?...

CIERVO. Con muchas ganas de ver
á su capitan valiente.
No, lo que es yo, me conservo,
vivo bien, no tengo apuro.
Mas tu mujer, de seguro

que estará...

JUAN. Cállate, Ciervo.

Por mucho que tu barruntes
lo que por mi vida pasa.

CIERVO. Pero tu mujer? Tu casa...

JUAN. Ciervo, no me lo preguntes.

El mundo es una quimera,
y aquel que en mujeres fia,
su fortuna, su alegría,
su esperanza lisonjera,
tan solo por premio alcanza
en pago de su querer,
perder fortuna, mujer,
alegría y esperanza.

CIERVO. Qué dices?

JUAN. Oyeme atento;
registraré mi memoria,
y te contaré mi historia
si me deja el sentimiento.
Diez y seis años hará
que, cual tigres foragidos,
los dos con otros bandidos
andábamos por acá.
Así la pícara suerte
lo tenía decretado,
y era nuestro afán menguado
buscar por dó quier la muerte.
Mas no es que aquel existir
nuestra vida sostenía,
que, Ciervo, yo maldecía
aquel modo de vivir.
Ello es, que llegó un momento
de dolores, de ansiedad,
que me hizo ver la verdad
y me dió arrepentimiento.
Yo ví á mi amor suecumbir
en los brazos de un hermano,
y á poco mas, inhumano
á mi padre ví morir.
Recuerdas? En mi afliccion
con un pesar tan profundo,
á los pies de un moribundo
pedimos á Dios perdon.
Y acordamos sin recelo
cansados de aquella guerra,
hacer mérito en la tierra
porque nos premiara el cielo.
Así fué; nos indultaron,
y en cambio, al vernos tan fieros,
á perseguir bandoleros
al camino nos echaron.
Cumpliendo nuestra mision,
partidas muchas salieron,
pero todas sucumbieron
víctimas de nuestra accion.
Ciervo, yo no era feliz,
ni aun viéndome perdonado,
que de haberme enamorado
había tenido el deslíz.
Y en mi pesar insufrible,
comprendiendo mi locura,
mi funesta desventura,
aquel amor imposible,
desistí de mi manía,
de aquel amor soberano,
hice feliz á mi hermano
y me casé con Maria.

CIERVO. No recuerdes esa historia:
pues si con solo esa accion,

y esto no es ponderacion,
debiste ganar la gloria.

JUAN. Así seis años pasaron:
en tanto perdí á mi madre,
mas las caricias de padre
en breve me consolaron.
Hartos ya de traginar,
con mérito suficiente,
dispersamos nuestra gente,
nos fuimos á descansar.
Repartimos sin quisquilla
nuestro caudal; mi mujer
se empenó, y á establecer
nos marchamos á Sevilla.
Allí algun tiempo viví,
puse en giro mi dinero,
y mucho traginé, pero
en todo, Ciervo, perdí.
Que lo que es mal adquirido,
por mas que el hombre se afana,
de la noche á la mañana
se mira al cabo perdido.
Sin embargo, era dichoso;
amaba mucho á Maria:
pero ay! que la suerte impía
se negaba á mi reposo.
Un día, vi amanecer,
tras de noche tormentosa,
qué mañana mas hermosa
vieron mis ojos nacer!
Con la calma del que es bueno
desde mi reja veía
nacer aquel nuevo día,
para mí de encantos lleno.
En el lecho maternal
cerca de mí reposaba
una niña, á quien yo amaba
con cariño paternal.
A Dios dije mi oracion,
y sin que nada me aflija,
fui á besar á mi hija,
á mi hija del corazon.
Penetro en el cuarto; allí
busco al bien que tanto ansio:
el lecho estaba vacío,
busco, busco... á nadie ví.
Llamo, y nadie me responde;
grito, y nadie me contesta:
el silencio es la respuesta;
corro loco, pero á dónde?
Me quiero tranquilizar;
busco en mi imaginacion
un recuerdo, y mi afliccion
me lo viene á demostrar.
Un amigo yo albergué,
en mi mesa le di asiento,
en mi casa un aposento,
en mis brazos le estreché.
No está en la casa tampoco,
entonces lanzo un suspiro,
y conozco que deliro,
que me voy volviendo loco;
y en mi ciego frenesí,
maldigo hasta aquella aurora,
y maldigo hasta la hora
en que á este mundo nací.

CIERVO. Pero luego...

JUAN. El luego vino:
hace diez años lo busco,

y por mucho que rebuseo
no lo encuentra mi destino.

CIERVO. Es decir...

JUAN. Que sin saber
si Maria me hizo traicion...

CIERVO. Qué?..

JUAN. Desde aquella ocasion,
Ciervo, no tengo mujer.

CIERVO. Pero...

JUAN. Deja que me allija;
que por mucho que he buscado,
por el mundo no he hallado
ni á mi mujer, ni á mi hija.

CIERVO. Y de aquel hombre, di, Juan,
no has sabido?

JUAN. Si supiera!..

CIERVO. Qué desgracia!

JUAN. El sino era;
de nada sirve mi afan.

Quién crímenes cometió,
y esta verdad en tí encierra,
tarde ó temprano en la tierra
sus crímenes espió.

Que no sirve arrepentirse,
sirve vivir como un santo,
y para llegar á tanto
vivir sufriendo y morirse.

CIERVO. Y solo estás?

JUAN. Y qué espero
de vivir acompañado?

CIERVO. De modo que has olvidado
que tienes un compañero?

Deja ya pasar tu pena,
Juan; sabes que soy tu amigo;
te vas á venir conmigo
á vivir á santa Elena.

JUAN. No es posible; por mi mal
no es tan solo ese fracaso.

Empeñado en un mal paso
tengo todo mi caudal.
Y con tal de desliarlo,
hecho un mar de confusiones,
en busca de relaciones
voy á Madrid, por salvarlo.

CIERVO. Iré contigo; ni un dia,
ni un momento de tu lado
he de vivir separado.

JUAN. Déjate de tontería.
Tú eres feliz.

CIERVO. Con tu afan,
quieres que yo aquí me quedo?
Vivir el soldado puede
cuando muere el Capitan?
(*suenan un disparo lejano.*)
Pero no escuchaste!

JUAN. A ver...

CIERVO. Algo sucede, está claro.
(*suenan un segundo disparo.*)
No escuchas! Otro disparo.

JUAN. Qué será?

CIERVO. Qué puede ser?
De fijo, alguna imprudencia.

JUAN. Pero...

CIERVO. Ladrones serán.

JUAN. Ladrones!

CIERVO. Sí.

JUAN. Y estarán...

CIERVO. Robando una diligencia.
Siempre hay estós atropellos.

JUAN. Desgraciados! Vamos!

CIERVO. Cómo!

JUAN. No saben que Juan Palomo
se encuentra cerca de ellos.

(*Anselmo se ha asomado á la puerta de la izquierda y ha escuchado las últimas palabras.*)

ANS. (Juan Palomo!) (*suenan un tercer disparo.*)

CIERVO. Por mi vida
que está la broma pesada!

JUAN. Hagamos esta jornada,
Ciervo.

CIERVO. Si es una partida...

JUAN. Bastamos solos los dos,
que no podemos morir,
pues solo para morir
nos tiene en el mundo Dios.

Corramos. (*Toman los trabucos y salen por el foro precipitadamente.*)

ESCENA VIII.

ANSELMO solo.

Digo! Palomo!

Jesus y lo que he escuchado!

Pues señor, lo que es ahora,
sin mas remedio, entregamos
el pellejo. De seguro

que muere Curro Lazcano
el Pelon, en cuanto Juan
sepa que de aquí es el amo. (*suenan disparos.*)

Digo! La cosa es de veras!

Pero, señor: qué diablos
traerán los Niños de Eeija
por aquí, que yo no caigo?...
Y quién se atreve con ellos?

Cuanto los sienta, me escape,
que estoy bien con mi cabeza
y no quiero darla al diablo.

Si lo dije; si el primero
me pareció un hombre malo!
Me echaba unos ojos... Y él
me conoció de contado.

Sí, me esconderé; si puedo
aquí una traicion les armo,

para que sepan que si ellos
son cazadores, yo pájaro.

Juan Palomo! Qué será
del Señor Curro Lazcano

que tanto miedo le inspira
ese hombre? Siento pasos...

Pues señor, aquí me escondo
y veremos lo que fraguo.

(*Entra por la izquierda.— Aparecen por el foro el Pelon y dos bandidos maniatados. Tras ellos Juan Palomo, que amenaza dispararles con el trabuco y los arrolla sobre la derecha, en primer término. Un Mayoral de diligencia y el Ciervo, traen entre sus brazos á Magdalena desmayada, que colocan en una silla, cuando lo indica Juan Palomo. Tras de todos algunos pasajeros de distinto sexo que acobardados se arremolinan en un extremo.*)

ESCENA IX.

JUAN PALOMO, el CIERVO, el PELON, MAGDALENA, el
MAVORAL, Bandidos y Pasajeros.

JUAN. Infames! El que siquiera
para escaparse de un paso,
le atravieso el corazón.

Ahí de rodillas, malvados,
asesinos miserables,

y cobardes inhumanos.
Si ño tuviera promesa
de ser, como soy, honrado,
ya yo os hubiera á los tres
tendido de un trabuazo.

CIERVO. Mira, Juan.

JUAN. El qué?

CIERVO. O soñando
estoy, ó á la Virgen del Valle
se parece.

JUAN. Ah!

CIERVO. Qué te ha dado?

JUAN. Ciervo! Qué mujer!

CIERVO. Qué tienes?

JUAN. Desde que al coche llegamos,
y á la luz de la linterna
ví su cara...

CIERVO. Vamos, vamos,
que te gusta; pues si á mi
tambien, y yo soy un ganso!

MAY. Y la pobre señorita,
cuando vuelva en sí, que paso!
encontrarse sin sus padres,
sola entre nosotros...

JUAN. El di ablo

me condujo aquí esta noche.

Ciervo; estoy desesperado.

Con una mujer como esta

ha tiempo vivo soñando,

que esa mujer es tan bella

cuál la Virgen del Milagro.

Qué desgraciado nací:

ay! Ciervo, que desgraciado!

CIERVO. Desgraciado! No lo entiendo.

Juan, tu aquí eres solo el amo.

JUAN. Si otro que no fueras tú

me lo dijera, en mis manos

le liciera dejar la vida

su blasfemia así pagando.

Aunque yo sea Juan Palomo,

Ciervo, soy un hombre honrado,

y aun siendo bandido, fuilo,

que mis manos no enlutaron

en la tierra á ningun ser

por haberle ellas tocado.

CIERVO. Perdona...

MAY. Ya vuelve en sí.

CIERVO. Silencio.

JUAN. (Dios soberano:

quién me condujo á este sitio?

Mi sino solo me traje.)

Señorita...

MAG. Dónde estoy?

JUAN. No tema usted.

MAG. Cielos santos!

Qué sitio es este? Y mis padres?

JUAN. Señorita...

MAG. Dónde me hallo?

Oh! Yo recuerdo... Sí, sí...

yo caminaba... un disparo

sonó tan cerca de mí,

que mis ojos se nublaron.

Despues un grito de muerte...

Mis sentidos trastornados...

Perdi el habla... no recuerdo...

no recuerdo mas...

CIERVO. (Canario!

Quién le dice?...))

MAG. Madre?... Padre!

Oh! No están? Bandidos; bárbaros,
devolvedme al padre mio...

á mi madre... No hacen caso...!

Ya sé; estoy entre bandidos...

JUAN. Señorita!..

MAG. Usted?..

JUAN. Yo...

CIERVO. (Vamos,

que me van á hacer llorar

á la postre de mis años.)

JUAN. No lllore usted, señorita;

por la Virgen del Milagro.

Hay cosas que Dios dispone

y es menester conformarnos.

No está usted entre bandidos,

que se halla usted á mi lado,

y soy tan hombre de bien,

que por el Dios soberano

le juro, y él nos escucha,

que no habrá ningun osado

que sobre usted, señorita,

ponga un dedo de su mano.

MAG. Pero mi padre...? Mi madre...?

JUAN. No debe usted preguntarlo.

MAG. Oh! Comprendo; los han muerto!

Oh! yo tambien... Qué resguardo

me queda ya en este mundo?

Yo... muero... (Se desmaya.)

CIERVO. Se ha desmayado

otra vez...

JUAN. Ciervo, de ti

necesito en este caso.

CIERVO. Manda cuanto quieras.

JUAN. Anda,

colócala en un caballo,

y llévala á Santa Elena,

á tu casa...

CIERVO. Digo: andando.

JUAN. Que vayan los pasajeros

tambien y se alojen...

MAY. Vamos.

(Salen el Ciervo, á quien ayudan los pasajeros á

llevar á Magdalena. Cuando vá á salir el Mayorál,

lo detiene Juan Palomo.)

JUAN. No; que vayan con el Ciervo.

Tú al coche; toma el retaco

y saca esos tres mosquitos:

los pones bien amarrados,

y cuando ya lo hayas hecho,

desenganchas un caballo,

te vas á la Carolina

donde radica el juzgado.

Avisas al Juez. Ya sabes.

sin que te duermas.

MAY. (al Pelon y bandidos.) Andando.

PEL. Malos demonios se traguen

al hombre que te ha mandado.

MAY. Cuidadito con la lengua.

JUAN. Quién habló?

MAY. Nada, este bárbaro.

JUAN. Pues cuenta, que si el trabuco

por casualidad agarro...

(Hasta este momento no habrá reparado Juan Pa-

lomo en la cara del Pelon, que este habrá cuidado,

durante la escena anterior, de tener recatada.)

Pero qué es esto? Dios mio!

Qué hombre es este?

PEL. Te hace daño

mi presencia; ya lo sé.

Juan. me hallo de ti vengado.
Si, yo moriré en la horca
mi crimen allí pagando,
mas tú morirás tambien
en tus pesares ahogado.

JUAN. Y me contengo? Dios mio!

Quieres verme mas humano?

(*El Ciervo vuelve á entrar á recoger su trabuco.*)

CIERVO. Juan, qué es esto?

JUAN. Ciervo, ese es
el hombre que ando buscando.

CIERVO. Pues mira, yo como tú
no tengo tanto reparo.
Voy á darle en la cabeza,
sin pararme, un trabucoazo.

JUAN. Ciervo, no. Déjame solo:
á obedecer lo mandado.

CIERVO. Lo mandas...

JUAN. Y se obedece.

CIERVO. Ten cuidado.

JUAN. No hay cuidado.

Ese hombre se queda aquí,
para custodiarlo, basto.

(*Vanse el Ciervo por un lado y el Mayoral y los
bandidos por otro.*)

ESCENA X.

JUAN PALOMO y El PELON.

JUAN. Ya estamos solos. Ahora
te voy á desamarrar. (*lo hace.*)

PEL. Ya sé; me vas á matar.

JUAN. Al fin la suerte traidora
te atraviesa en mi camino.

PEL. Qué intentas?

JUAN. Lo vas á ver.

A dónde está mi mujer?

Dímelo pronto, asesino,

habla ó sí no...

PEL. Fuera mengua.

Está fallada mi suerte:

sé que me espera la muerte.

JUAN. Te voy á arrancar la lengua.

Habla.

PEL. No; el silencio mio

es mi defensa...

JUAN. Prometo,

si descubres el secreto,

darte libertad.

PEL. No fio,

JUAN. Pero, di; qué te hice yo

para que así me destroees

y en mi infortunio te goces?

Habla; di pronto, ó sí no...

PEL. Juan, yo te aborrezco tanto,

que me es mas dulce morir,

que tenerte que decir

lo que preguntas...

JUAN. Me espanto

de encontrar un corazon

mas de fiero que de hombre!..

PEL. Y en ello, qué hay que te asombre?

Tus crímenes pocos son?

JUAN. Dices bien; fui criminal

y por eso sufro y peno,

mas me propuse ser bueno.

PEL. Y lo fuiste por tu mal.

JUAN. Pero es que mi vida trunca

tu silencio... Haces que pene...

PEL. Juan, quien malas mañas tiene

ó las pierde tarde, ó nunca.

De todos modos, la vida

ya sé que perder me toca;

pues bien, callando mi boca

mi venganza está cumplida.

JUAN. Pero, mi hija, mi mujer?...

PEL. No piensan en ti siquiera.

JUAN. Dónde están? Me desespera...

PEL. Juan, no lo quieras saber.

JUAN. Pero viven?

PEL. Viven, si.

JUAN. Y viviendo...

PEL. No sabrás...

JUAN. Es que tú me lo dirás...

PEL. Es que yo me vengo así.

JUAN. Pero, te vengas: de qué?

No fui tu amigo? En tu afán,

no consiste de mi pan?

Conmigo no te alojé?

Qué te hice yo, desgraciado!

porque me tengas en poco?

Mira que me vuelvo loco;

que ya estoy desesperado;

que no puedo contenerme;

que tu misera venganza

me hace perder la esperanza

que ha podido sostenerme

diez años; diez años, si;

No le basta esto á tu encono?

Dímelo ya, y te perdono.

PEL. Desecha ese frenesí.

Mira, yo nada tenia,

me miraba perseguido,

y estaba tan aburrido

que de pena me moria.

Tropecé una vez contigo,

me tendistes una mano,

y me llamaste tu hermano;

me acogistes como amigo.

Tú eras rico, yo envidioso,

tú eras amado, yo no,

y en aquel estado, yo

estaba fiero, celoso.

Te odié, porque el odio mio

era al mundo, y á mi suerte,

y me propuse perderte

por dar rienda á mi albedrío.

Un hombre vió á tu mujer,

y cuando la vió tan bella,

se volvió loco por ella;

yo lo supe, y fuilo á ver.

Y obrando con mi fiereza

yo tu mujer le ofrecí,

si él me daba en cambio á mi

gran parte de su riqueza.

Acedió, formé mi plan,

lo puse en práctica al punto,

mas me miraba difunto

cuando en ti pensaba, Juan.

Era preciso á tu herida

poner tambien un calmante,

y me ocurrió en el instante

medio de salvar mi vida.

Y tu mujer te robé

y se la entregué al cuitado.

JUAN. Pero, mi hija...

PEL. A mi lado

entonces me la llevé.

—Su vida guarda la mía,—
me dije en tal situación.

JUAN. Obraste sin corazon,
me robaste mi alegría.

PEL. Fui rico...

JUAN. Y luego?...
PEL. Despues,
tu mujer era dichosa...

JUAN. Oh! Cállate...

PEL. Es horrorosa
la historia...

JUAN. Sí, que lo es...

PEL. Pero mi hija...
Oye, Juan.
Pronto sin oro me vi,
porque todo lo perdí
en medio de tanto afan.
Entonces robé; la suerte
estaba conmigo fiera,
y me vi—suerte rastrera!—
en los brazos de la muerte.
Me prendieron, deserté,
busqué á tu hija para huir
con ella... para partir;
pero, Juan, no la encontré.
Me vine aquí, y aquí estoy;
siempre asustado he vivido;
tu sombra me ha perseguido
hasta que te encuentro hoy.

JUAN. Pero, mi mujer...

PEL. Despues
no he vuelto á saber de ella.

JUAN. Oh! nací con mala estrella.
Me engañas?

PEL. La verdad es.

JUAN. Pues bien; frente á frente estas
del hombre que has ofendido;
defiéndete, ó cual bandido
á mis manos morirás.
Ya se cumplió tu destino;
toma un trabuco; dispara;
(*Dándole la escopeta que puso Anselmo á la derecha.*)
defiéndete cara á cara
ó mueres como asesino.

PEL. Es claro, ya lo sabía;
eres valiente, lo sé.
Oh! yo no te tiraré,
de seguro moriría.

JUAN. Defiéndete.

PEL. Tira ya,
y acaba pronto conmigo.

JUAN. Cobarde!

PEL. Soy tu enemigo.

JUAN. Pues bien, toma.
(*Le apunta con el trabuco. Cuando vá á disparar. Anselmo,
que ha estado en acecho durante los últimos versos, se echa
sobre Juan Palomo por la espalda, y le sujeta los brazos. En-
tonces, segun marcan los versos, el Pelon apunta á Juan.*)

ESCENA XI.

Los mismos y ANSELMO.

ANS. Quieto.

JUAN. Ah!

ANS. Tírale.

JUAN. Traicion!

PEL. Ya voy.
Reza, Juan; está en mi mano
tu vida...

JUAN. Tira, villano.

(*El Pelon vá á disparar, pero en este momento
aparece el Ciervo, y apercibiéndose de lo que ocur-
re, dispara su trabuco sobre el Pelon, que cae he-
rido.*)

ESCENA XII.

Los mismos y el CIERVO.

CIERVO. No será, que yo aquí estoy.

PEL. Jesus!

ANS. Oh! perdon!
(*soltando á Juan y arrodillándose.*)

CIERVO. Tambien
tú vas á morir...

ANS. Perdon.

JUAN. Ciervo, ténle compasion,
que somos hombres de bien.
Amárralo. (*lo ejecuta.*)

CIERVO. Con dos lazos
no se nos escapará.
Listo.

JUAN. Ciervo, ven acá.

CIERVO. Qué quieres?

JUAN. Dame los brazos. (*se abrazan.*)

CIERVO. Como la cara le vi
y le conocí asesino,
en la mitad del camino
reflexioné, y me volví.
Declaró?

JUAN. Sí, y ojalá
que nada me declarára!
Ojalá no le encontrára!
Ay! Ciervo!...

CIERVO. Vámonos ya.

JUAN. Ciervo, vámonos de aquí;
este lugar me dá espanto;
vámonos donde mi llanto
pueda consolarme, si.
Del crimen huyendo voy
y el crimen do quier me hallo;
Ciervo, por mas que batallo
no dejo de ser quien soy.

CIERVO. Anda.

JUAN. Me lo manda el sino
y no quiero acobardarme.
Dios no quiere perdonarme;
cúmplase, pues, mi destino.
Nada en mi humildad consigo.
VAMOS.

CIERVO. VAMOS.

JUAN. Seamos buenos;
reposaré cuando menos
en los brazos de un amigo.

FIN DEL ACTO PRIMER O.

ACTO II.

El Parricidio.

Jardin de una quinta cerca de Madrid. Pabellon á la iz-
quierda, con puerta de entrada y ventana al frente. Banco de
piedra delante del pabellon. Verja al foro.

ESCENA PRIMERA.

MARIA y ENGRUPO.

MAR. Dices tú que esa mujer?..
ENG. Es hermosa como un cielo.

MAR. Su edad . . .
 ENG. Diez y siete años
 tendrá poco mas ó menos.
 MAR. Y él la quiere?
 ENG. Con el alma.
 * MAR. Infame!
 ENG. Con tanto extremo,
 que si no está loco, vamos,
 digo que está poco menos.
 MAR. Tú no le habrás dicho? . . .
 ENG. Nada
 Quién se atreve? Si el secreto
 se llegara á descubrir!
 Dios me libre! Mi pellejo . . .
 MAR. Pero, qué ha sido de Juan . . .
 dime, Engrudo, en tanto tiempo?
 ENG. La verdad, yo no lo sé.
 MAR. Pero, cómo fué tu encuentro?
 ENG. Verá usted. Usted no sabe
 que yo vivo hace ya tiempo
 en Madrid, con Moscardon,
 metidos en un enredo . . .
 porque, francamente, ya
 no teníamos dinero,
 y fué preciso . . . mas no es
 del caso mi historia; al cuento.
 Nos vinimos á Madrid;
 yo manejando unos penceos . . .
 y traginante en caballos
 así me busco los medios
 de pasar la vida, y darle
 al Cristo del tragadero.
 Usted sabe que los Niños
 de Eciija, allá en sus tiempos,
 fueron buenos liberales,
 y en partida se reunieron
 para perseguir facciosos
 hasta que luego el gobierno
 en Vergara con Maroto
 hizo el consabido arreglo.
 Y que en lugar de premiar
 lo que los Niños hicieron,
 me los dejaron por estas
 que son cruces. Viendo ellos
 que por aquellos servicios
 no se les daba algun premio,
 y acostumbrados á andar
 hechos unos guerrilleros,
 se echaron á los caminos
 donde caballistas fueron.
 Ya se vé, eual liberales,
 cuando la patria está en riesgo,
 en salir á defenderla
 siempre somos los primeros.
 Hace días sonaron tiros,
 hubo motin por el pueblo.
 La Milicia nacional
 estaba firme en su puesto,
 y despues de algunos choques
 habidos con el ejército,
 yo salia del principal
 que soy miliciano y neto,
 y ví á un hombre. . . Vaya en gracia!
 vestido de caballero,
 cuya cara era la cara
 de Juan Palomo. Me acerco,
 le conozco, y me conoce.
 nos abrazamos corriendo,
 le conté mis aventuras.

y él, echándola de bueno,
 me dijo:—Estoy en Madrid.
 Engrudo, hace ya algun tiempo.
 He venido á unos negocios
 acompañado del Ciervo,
 que nos han salido mal
 y hasta estamos sin dinero.
 Me dijo:—Y que no me pesa,
 que lo adquirido á mal precio,
 nunca puede enriquecer
 á los que mal lo adquirieron.
 Yo le dije, y él me dijo,
 y en fin, hablamos de aquello
 que nos vino á la memoria;
 me ofreció su casa; á verlo
 he ido en varias ocasiones,
 en ella observar pudiendo
 esa jóven con quien Juan
 gasta tanto miramiento.
 Con usted hablé despues,
 me recomendó el silencio.
 me dijo que le ayudase,
 me lo pagó, y tan completo
 Esto es todo lo que sé
 y san se acabó y laus deo.
 MAR. Me has ofrecido servirme
 y que lo cumplas espero.
 ENG. Pero, por qué usted á Juan
 no se descubre?
 MAR. No puedo.
 ENG. Ya! Usté al fin es ya señora . . .
 Pero él . . . Si dá risa verlo;
 no parece el Juan Palomo
 de nuestros antiguos tiempos.
 Ni nadie sabe quien fué:
 todos le dicen, don Diego,
 y aunque viste á la andalza,
 se presenta con el Ciervo
 en las calles, en las plazas,
 á caballo en los paseos,
 llevándose la atencion
 y las miradas del pueblo.
 En fin, usted manda algo?
 MAR. Que sigas, yo te lo ordeno,
 observando sus acciones,
 hasta el menor movimiento.
 Tu servicio pagaré,
 te daré tanto dinero,
 que has de quedar, no lo dudes,
 de mi bondad satisfecho . . .
 Pero dí; Juan no te habló
 de su mujer?
 ENG. Qué! Ni esto.
 Yo una vez le pregunté,
 pero se puso tan feo,
 que, francamente, le tuve,
 no me dá verguenza, miedo.
 MAR. Ni de su hija?
 ENG. Tampoco.
 MAR. Bien está.
 ENG. Mucho me temo,
 segun yo he visto las cosas,
 que esta noche habrá jaleo.
 Y voy á estar al cuidado
 no sea que un pronueciamiento . . .
 El asunto está bien malo
 y está ya cargado el pueblo:
 se dice que allá en la Granja
 reunidos unos Sargentos,

han hecho que nuestra Reina gobernadora, al Gobierno que manda, dé pasaporte, firmando para el arreglo la constitucion del doce; y si hay gresca, yo el primero, que como buen liberal no le de faltar de mi puesto. Conque, salud.

MAR. Anda, anda; mira, que se pasa el tiempo.

ENG. Voy á encender un cigarro para el camino... (*Hace que lo busca.*) No tengo. Al primero que me encuentre se lo pido sin rodeos. (*vase.*)

ESCENA II.

MARÍA, *sola.*

Juan enamorado, y yo ausente de Juan viviendo. Oh! No puede ser; me engaña este hombre... yo no creo... Estando solo en el mundo, qué extraño?... Mas tengo celos, porque yo amo á Juan, y es tanto el cariño que le tengo, que antes de verlo con otra de su vida haré un infierno. Diez años largos sin él mis desventuras sufriendo, y cuando llega la hora que en mi camino lo encuentro, obstáculos invencibles me imponen guardar silencio. Ni aun le puedo deseubrir... Tengo que vivir inuriendo por el amor entrañable que á mi pobre hijo le tengo. Mas, cómo evitar su amor! Oh! Constancia y ya veremos... Lo que una mujer no alcanza... Mucho se tarda mi Diego; (*oscurece.*) ha pasado ya la hora en que vuelve del paseo, y no llega... Si un percance le hubiese ocurrido... Siento una agitacion... La noche ya su manto vá tendiendo. Pero llegan... será él? Oh! Qué fastidio! Don Pedro!

ESCENA III.

MARÍA y D. PEDRO.

PED. Señora...

MAR. Usted otra vez?

PED. Se estraña?

MAR. Mucho.

PED. No creo...

MAR. Despues de la última vez que hablamos, era mas cuerdo que á insistir en su propósito usted ya no hubiese vuelto. Su visita en esta casa, sin el menor miramiento, me es perjudicial. El vulgo repara en todo, y no quiero que se me tilde en Madrid

cuando no hay un fundamento. Además, ya se lo he dicho; puede ocurrir un encuentro... y si usted se compromete yo tambien me comprometo.

PED. María, usted no comprende con el amor que la quiero. Usted no sabe que es tanta la pasion que arde en mi pecho, que diera por aplaearla, cuanto valgo, cuanto tengo.

MAR. Repito á usted que se vaya, que escuchar su amor no puedo.

PED. Mas que mujer, es usted un aborto del infierno para mí. Vive usted sola en el mundo, qué mas puedo que brindarme á ser su esclávo?

MAR. Es escusado, el deseo que le inspiro, hasta me ofende. Usted es un majadero.

Yo no puedo amar á nadie, se lo he dicho hace ya tiempo, y usted se obstina en su amor que mas que amor, es empeño.

PED. Por última vez, María: oígame usted. Yo no espero nada del mundo. Soy rico; por riqueza aquí no vengo. Yo le visto á usted una vez y otra vez, y, loco, ciego, la he perseguido do quiera, en la calle, en el paseo, por todas partes; de entonces yo no vivo, yo no duermo; á donde miran mis ojos, á donde mi vista vuelvo, la imágen de usted, María, veo esculpirse. Yo no debo confesarle así vencido.

Yo en su negativa veo, que usted amará á otro hombre, y estoy ardiendo de celos. Qué mas puede á usted brindar otro, que lo que yo le ofrezco?

Yo la amo á usted con el alma, soy jóven y rico; siéndolo, á mil mujeres que llegue, puedo jactarme de ello, con orgullo me verán si les digo que las quiero. Yo, sin embargo, María, llegar á ninguna puedo. Hay en usted una cosa, un atractivo secreto, que me inspira la pasion porque se abrasa mi pecho. He sufrido sus desaires, sus repetidos desprecios, y ni aun así he resignado mi amor, que amor es, no empeño. Mientras usted mas me despida, María, yo mas la quiero. Usted, á pesar de todo, insiste en que soy un terco; ni me quiere recibir, ni admite mi galanteo, sin reconocer que yo á todo me hallo dispuesto.

Su obstinada negativa
mi amor propio resintiendo,
me arrastra á vencer á usted
sin reparar en los medios,
y como estoy convencido
que vivir así no puedo,
hoy vengo á decirle á usted:
—María, yo estoy frenético.
Sin su amor de usted, la vida
me estorba. Su amor deseo
para vivir. Buenamente
puede consolar mi pecho;
mas si por su voluntad
no admite lo que la ofrezco,
usted me amará á la fuerza,
y veremos lo que puedo.—

MAR. Debe usted no estar quejoso
de mí, pues que le tolero.
Porque mi amor, que no es mio,
por ser honrada, le niego,
me amenaza usted de un modo
que ni aun merece desprecio,
jactándose de ser joven,
de tener sobrado mérito
para pretender mujeres;
pues bien, voy á hablarle en serio.
Usted es un miserable,
mal nacido caballero,
con capa de hombre de pró,
bajo la cual hay por cierto
un corazón corrompido
lleno de doblez, de enojo;
burlador de mujercillas,
impertinente, grosero,
orgulloso que se atreve
á amenazarme tan récio,
creyendo quizás que yo
á amenazas me doblego.
Ya he dicho que le conozco,
que le conozco, don Pedro,
y porque sé que usted es
lo que he dicho sin rodeos,
de su amenaza ruin
me burlo. Váyase luego
de mi casa, y pues lo quiere,
voy á dar orden corriendo.
por si usted no sale pronto
que le arrojen como á un perro.

D. PED. Me insulta usted.

MAR. No; le trato
como se merece.

D. PED. Bueno.
Guerra á muerte.

MAR. Guerra, sí.

PED. Hablaremos.

MAR. No hablaremos.

(Le vuelve la espalda y se vá por la puerta del pabellon.)

ESCENA IV.

DON PEDRO, solo.

Me vuelve la espalda? Bien!
Sabe quien soy! Mi secreto
conoce!... No puede ser...
Dice que yo... No; mintiendo
ha estado. Su amor me niega!...
Qué me importa? Sobran medios

al que cual yo nada teme,
de conseguir un objeto.
Ya sea de grado, ó por fuerza,
esto no tiene remedio;
esta mujer será mia...
Oh! se abrasa mi cerebro!
Despreciado yo! En mi orgullo!
Descubierto mi secreto
quizás... Esto no es posible.
Ésta situacion tratemos,
porque mucho me conviene,
que no dure mucho tiempo.
Pero, qué partido sigo?
Adivinarlo no puedo.
Esta mujer ama á otro
sin duda... Aquí hay un misterio
que no alcanzo... Oh! sí; preciso
es descubrirlo. Si puedo,
sobornaré á los criados
y ellos me dirán... Sí; ellos
lo que pasa en esta casa
deben sin duda saberlo.
Me ocultaré... Si se enteran...
Qué importa? Qué importa el riesgo?
Resentido mi amor propio
á todo me hallo dispuesto.
(se oculta por la izquierda.)

ESCENA V.

MARIA, sola.

Se fué; evitar es preciso
que vuelva otra vez aquí:
eso es lo mejor: así
salimos del compromiso.
Qué obstinacion! Ese hombre
no puede amarme; mentira;
ese amor en que se inspira
es por la ambicion de un nombre.
Que tienes riquezas sé,
pero adquiridas al precio
de un crimen... Oh! Mi desprecio
bien elaro le demostré.
Y sin embargo... un temor
ha aeogojado mi pecho
al tratarlo con despecho...
Quizás ha sido peor...
Quizás una mala accion
me comprometa... Es forzoso
ya descubrirme á mi esposo
y así evito una traicion.
Estoy... Me siento agitada!...
Tarda mi hijo... Qué será?
Dicen que Madrid está
revuelto... Cuán asustada
me tiene!... Pero si salgo
y no le encuentro, es peor.
Aguardar será mejor.
Si le habrá pasado algo!
(Engrulo llega bastante agitado.)

ESCENA VI.

MARIA y ENGRUDO.

ENG. Señorita!

MAR. Aquí otra vez?

Qué pasa? Éstas alterado!

ENG. Ay! que desgracia!

MAR. Dios mío!
 Qué sucede? Pronto, vamos.
 Juan Palomo?...

ENG. Qué! No es eso.

MAR. Entonces, quién?

ENG. El diablo,
 que se empeña en apurar
 la sangre...

MAR. Pero, sepamos...

ENG. Pues no es nada! (Y que yo sea
 el portador!) Es...

MAR. Temblando
 estoy. Dilo de una vez.

ENG. Deje usted que cche un cigarro...
 (se registra los bolsillos.)
 Nada; como siempre. Estoy
 reñido con los estaneos.

MAR. Pero qué es lo que sucede?

ENG. Allí va. Sali hace rato
 de aquí; cerca de Madrid
 me encontré á unos milicianos,
 que si no venian huyendo,
 se le parecia algo.
 —A dónde vas? A la villa.
 —Vuélvete atrás.—No en mis años,
 que tengo mucho que hacer.
 Pero por qué? Pasa algo?
 —Qué está Madrid hecho un fuego.
 —Cobardes!—les dije: Y vamos
 á quitarnos del peligro
 faltando al deber sagrado
 de defender á la patria
 cuando necesita amparo?—
 Y no pude decir mas;
 salté corriendo hecho un rayo:
 llego á Madrid: Qué babel!
 Qué confusion! Qué leñazos!
 Viva la Constitucion!
 Abajo el gobierno, abajo.—
 Y al grito del que caia,
 y al rugido de un sablazo,
 corro calles y mas calles
 hasta llegar á mi barrio.
 La plaza de la Cebada
 era de Agramante un campo.
 Allí un herido, aquí un muerto,
 este de un ballonetazo,
 aquel de un tiro, qué! aquello
 era peor que el dos de Mayo.
 Me abro sitio entre los mios,
 á la fuerza me abro paso,
 arrollo á unos militares
 y me agrupo á los paisanos:
 pero qué. si era imposible
 entenderse...—A ellos! Vamos!—
 Oigo una voz que me grita,
 vuelvo la cara y me hallo
 con Moscardon y con otro
 cuyo nombre no es del caso.
 Los tres solos en seguida
 armamos un zafarrancho,
 y á este quiero, á este no quiero,
 por nosotros quedó el campo.
 Huyen por aquí los unos,
 van por allí los soldados,
 un coche atraviesa acá,
 por allá veinte caballos,
 y entre bulla y confusion
 un carruaje se abre paso:

le ataca la muchedumbre,
 y creyéndolo adversario,
 uno... el que estaba conmigo.
 le sacude un trabucazo.
 —No tireis, dice una voz
 de mujer. No tireis, bárbaros,—
 y no se tiró ya mas.

MAR. Pero, bien?... (con ansiedad.)

ENG. Es que me canso.
 Por vida del estancuero,
 que me tiene sin tabaco!

MAR. Pero ese coche...

ENG. (balbucando.) Señora...
 en ese coche un muchacho...

MAR. Oh? Comprendo! Era mi hijo...

ENG. Sí.

MAR. Pero le han hecho daño?

ENG. Casi nada, un arañon.

MAR. Oh! Y estamos tan despacio?
 Pero, tú?...

ENG. Yo vine aquí...

MAR. Le dejaste abandonado!
 Oh! Quiero verlo al momento.
 Vamos; vamos pues; corramos.

ENG. No; si es que vine... Verá
 usted porque vine...

MAR. Vamos;
 acaba ya de una vez,
 que la ansiedad me está ahogando.

ENG. A la voz de la mujer
 del coche, nos asombramos,
 y el gefe de nuestra fuerza,
 es decir, de los paisanos,
 que justamente habia sido
 el que soltó el trabucazo,
 en cuanto que se enteró
 pegó un grito y dijo.—Alto!
 —A socorer á esta gente
 lo primero.—Y con el garbo
 que sabe un mozo valiente,
 se fué al coche.—Qué ha pasado?
 preguntó.—Que un niño ha sido
 herido.—Casi llorando
 le contestó la mujer.
 Del carruaje en el acto
 se sacó el niño. Qué mozo!
 Vaya un valiente muchacho!
 Sin chistar siquiera...

MAR. Oh!

Acaba ya.

ENG. Vamos, vamos,
 que la relacion es larga
 y no me deja el cansancio.
 (Desde este momento ha aparecido D. Pedro por
 donde se ocultó y escucha lo que hablan.)
 —Quién es usted?—dijo el gefe.
 —Soy el Marqués de...—No caigo
 ahora...—Su casa de usted?
 --Cerca de Madrid, á un palmo
 de tierra; allá en una quiata...—
 Por supuesto, aunque soy ganso,
 yo me trague la partida,
 y dije.—Ya está el marrajo
 en la plaza.—Pues al coche.—
 dijo el gefe: tú, muchacho,
 —me dijo á mí, llama un médico;
 luego tomas un caballo,
 y adelantate á la quinta
 á decir lo que ha pasado.

Como se hacen estas cosas;
sin dar de pronto el sustazo,
que nosotros tras de tí,
aunque mas despacio, vamos.

MAR. Y vienen?

ENG. No lo oye usted?

(Don Pedro atraviesa la escena diciendo.)

D. PED. (Yo mismo al encuentro salgo.

Me servirá de pretexto
para estar aquí...) (vase.)

MAR. Si; vamos

á salirles al encuentro...

ENG. No es menester. Si es el caso...

que... (Vamos, no se lo digo...)

MAR. Pero, hay mas? Dímelo claro,

no soy mujer que se asusta

porque le pase algo malo.

ENG. (Ya lo creo!)

MAR. Acaba ya.

ENG. No, si no hay mas... Es que...

(Vamos que no se lo digo...) Es...

que en el coche viene el guapo

que al coche de usted tiro...

MAR. El que hirió á mi hijo?

ENG. Es claro.

MAR. Pero, su intencion...

ENG. Silencio.

Ya estan aqui...

MAR. Hijo amado!

Deja que corra, hijo mio!

á estrecharlo entre mis brazos.

(Cuando Maria vá á salir. Llegan por el foro izquierda un Médico que viene hablando con Don Pedro, un cocheró y un lacayo, que con Casilda, conducen á Diego, niño como de diez años.)

ESCENA VII.

MARIA, ENGRUDO, DON PEDRO, un MÉDICO, CASILDA,
DIEGO, un cocheró y un lacayo.

MAR. Hijo de mi corazon!

MÉD. Señora, por Dios.

MAR. (reparando en D. Pedro.) Qué es esto?

Usted aqui?

CAS. Ay! señora,

qué desgracia!

D. PED. (á Maria) (Yo aprovecho

la ocasion...)

MAR. Hijo del alma,

habla...

CAS. No puede...

MÉD. Silencio.

No conviene incomodarle.

Vamos, colocalde dentro.

D. PED. Yo ayudaré...

MAR. No es preciso.

D. PED. Ayudaré.

MAR. (Oh! Qué tormento!

Este hombre quiere perderme!)

D. PED. (Yo me vengaré.) Yo creo

que esto no es nada, doctor.

MÉD. Poca cosa. El susto...

D. PED. (á Maria.) (Luego

hablaremos. He pensado

que otra vez hablar debemos.)

MÉD. Llevadle pues, colocalde

comódamente en el lecho.

Dejadme solo con él.

Convenga por el momento...

MAR. Pero, yo...

MÉD. No; lo que es ahora
no conviene. Vamos dentro.

(Los que traen á Diego se han marchado con el cuando el Médico lo ha dicho. Luego lo ejecuta este y D. Pedro, que al entrar lanza sobre Maria una mirada de triunfo.)

ESCENA VIII.

MARIA y ENGRUDO.

ENG. (Pues, señor, esto promete;
el asunto es algo sério.)

MAR. Oh! Cuán desgraciada soy!

ENG. Por qué?

MAR. No lo ves? Mi Diego...

Pero, el hombre que le hirió

no digiste...? Quiero verlo;

quiero comprender que no hubo

intencion...

(Juan Palomo y el Ciervo han ido apareciendo por el foro derecha.)

ESCENA IX.

Los mismos, JUAN PALOMO y el CIERVO.

JUAN. Lo está usted viendo.

(Maria, á la voz de Juan Palomo, vuelve la cara, y reparando en él, lo reconoce.)

MAR. Juan! (lanzando un grito.)

JUAN. Maria! (reconociéndola.)

ENG. (Se hundió el mundo!)

MAR. Tú?... Usted...?

(Dice estas palabras balbuceando y sin poder dominar la sorpresa; vá retrocediendo hasta caer desmayada en el banco de piedra. Engrudo acude á socorrerla.)

JUAN. Dios mio! Qué es esto!

Su transformacion indica...

ENG. (Vamos, ya pareció aquello!)

CIERVO. Tu sabias?... Vamos, habla.

ENG. Hombre! Yo saber? Ni esto.

ESCENA X.

Los mismos, el MÉDICO y D. PEDRO.

MÉD. Ya está en la cama. Por ahora

su vida no corre riesgo.

Pero, qué es lo que aqui pasa?

(reparando en Maria.)

CIERVO. Ya vé usted.

MÉD. Será un mareo.

La sorpresa...

(Acude al lado de Maria y la pulsa.)

D. PED. El mundo entero

contra mí se ha revelado.

Oh! Qué fatal contratiempo!

JUAN. Este hombre no ha venido

con nosotros... (al Ciervo, por D. Pedro.)

CIERVO. No.

JUAN. Oye, Ciervo;

tú no sospechas?

CIERVO. Ay Juan!

que yo todo lo sospecho.

Vámonos de aqui.

JUAN. Imposible!

MÉD. Está grave.

JUAN. Dios del cielo!

Diez años buscándola,

y en qué estado me la encuentro!

D. PED. Oh! No importa. Este accidente puede hacer... Aquí me quedo.

MÉD. A sacarla de este sitio.

Llame usted. (*á Engrudo.*)

ENG. (Vamos, ya entiendo; me toma por de la casa.) (*vase.*)

CIERVO. Vámonos, Juan.

JUAN. Vamos, Ciervo.

CIERVO. Te está matando la pena.

JUAN. Quiero salir y no puedo.

Oh! la encuentro tan hermosa, que estoy rabiando de celos.

CIERVO. Anda, que ya habrá lugar de aclarar este misterio.

D. PED. No se van. (*por Juan y el Ciervo.*)

JUAN. Vámonos, sí,

vámonos. Estoy resuelto.

Grande es mi maldad, Dios mio,

pero bien se venga el cielo,

que es terrible la expiacion

y ya con tanto no puedo.

Yo habré matado á su hijo...

A su hijo! Vamos, Ciervo;

vámonos, y de Madrid

mañana mismo...

CIERVO. Eso, eso.

JEAN. La desgracia me persigue, no doy un paso certero.

Sangre mis manos entintan

á cada paso que muevo.

Es que estoy de Dios maldito.

Pues bien, busquemos remedio.

Es irrevocable el fallo.

Sí, sí, de Madrid saldremos.

En el retiro, quizá

mi pena hallará consuelo.

(*Vanse por el foro derecha; Engrudo que ha salido con los criados, repara en ellos.*)

ENG. (Qué, se van? Y yo? También.)

No, no, lo que es yo me quedo.

(*Los criados cojen á Maria, como para conducirla.*)

MÉD. Llevadla.

D. PED. (*Que ha estado, observando todos los movimientos de los circunstantes.*)

(Aquí pasa algo.)

Esos hombres... No hay remedio.

Yo me vengaré de ella

y sabré quiénes son ellos.)

FIN DEL ACTO II.

ACTO III.

Amor y crímenes.

La misma decoracion del acto anterior; va oscureciendo.

ESCENA PRIMERA.

MARIA y ENGRUDO.

ENG. Y cómo está el niño?

MAR. Sigue

algo mejor.

ENG. Pues me alegro.

MAR. Y Juan?

ENG. Dispuesto á marcharse para no volver.

MAR. No entiendo

por qué es su resolucio;

pues despues de nuestro encuentro,

parece mas natural

que tratára, esto es lo cierto,

de averiguar por qué yo

en este estado me encuentro.

ENG. El no está muy decidido;

quien le aconseja es el Ciervo.

Ya se vé! Hasta cierto punto

tiene razon...

MAR. No comprendo...

ENG. Señora, válgame Dios,

si su vida es un infierno.

Y cuidado que está Juan

desconocido de bueno.

MAR. Tu le entregaste mi carta?

ENG. En propia mano.

MAR. Eso, eso.

Cómo fué?

ENG. Estaba en su casa

hablando con él muy sério,

y en un momento oportuno

me fui fuera; luego vuelvo

suponiendo que acababa

de llegar un mensajero

con aquel papel...

MAR. Y Juan?..

ENG. Lo tomó, lo abrió corriendo:

fijó sus ojos en él;

luego se puso colérico;

despues se fué serenando,

y me dijo:—Llama al Ciervo.—

Lo llamé, vino y le dió

la carta de usted. Leyendo

estuvo, y luego exclamó:

Y bien: qué dices á esto?

Y el Ciervo le contestó:

Juan, si me pides consejo,

pues que tienes corazon

y eres un hombre resuelto,

debes ir, hablar con ella,

ver su disculpa; si es cierto

que es inocente, ampararla,

si no, perdonarla, y luego

separarte de su lado

para siempre...

MAR. Y él?

ENG. Un momento

estuvo, reflexionando;

luego se puso risueño

y dijo:—Tienes razon:

voy á tomar tu consejo,

iré esta noche...

MAR. Dios mio,

cuánta es mi ansiedad por verlo,

por hablarle, por decirle

cuánta es la pena que tengo,

lo desgraciada que soy...

Y sus negocios?...

ENG. Muy feos.

MAR. Pero cómo ha sido, dí,

el perder tanto dinero?

ENG. Yo no sé bien esa historia,

porque Juan todo es secreto;

pero ayer un largo rato

estuve hablándole al Ciervo,

y me contó alguna cosa...

MAR. Y qué te dijo? Habla presto.

Exc. Dice, que Juan en Sevilla se dedicaba al comercio de tabacos, en contratas que tenia con el gobierno. Que tuvo ciertos percances, yo no sé cuantos enredos, y vino á Madrid, y entonces aqui consiguió un arreglo á fuerza de relaciones, salvando así su dinero. Asi las cosas, dispuso no seguir en el comercio, viendo que en todo perdía, y acordaron Juan y el Ciervo el vender cuanto tenían y á interés el caudalejo, en poder de Tragabuchos, que era hombre de pró, pusieron. Tragabuchos, acordándose de lo que fué, anduvo diestro, y entabló una compañía con un pícaro ratero, de esos que gastan levita, y dicen que en poco tiempo se las tocó de Madrid, dejando por heredero en vida á ese señorito, que cargó con todo; luego se hicieron muchas pesquisas, cuando mas tarde supieron que Tragabuchos ¡infame! asesinado habia muerto.

MAR. Y el otro?

Eng. Toma! Un mosquito como era el tal... Se hizo el suceso, y dijo:—Copo.—Y salió la cargada, y Juan y el Ciervo se quedaron arruinados.

MAR. Y ¿cómo es que ellos pudieron dejar impune al ladron de su caudal?

Eng. Como que ellos desde que se retiraron de la vida, son tan buenos. dicen:—Que se cumpla el sino.— Que al fin, como todo aquello estaba mal adquirido, es justo, si lo perdieron.

MAR. Pero, ¿conocen sin duda al consabido sujeto?

Eng. Es claro.

MAR. Y sabes quién es?

Eng. Dicen que es un tal Don Pedro, que antes se llamó Perico: un tunante de los buenos.

MAR. Oh! Infame!

Eng. Usted le conoce?

MAR. Quisiera no conocerlo.

Eng. Pues, como yo dé con él, yo que escrúpulos no tengo, juro que ha de vomitar...

MAR. No importa, dejemos eso.

Si Juan es pobre, mejor: yo tengo mucho dinero, tanto, que puedo hacer ricos, á Juan, á ti, y hasta el Ciervo. Y la jóven?

Eng. Ahí está.

La p obre pasa sufriendo

la vida; como vé á Juan tan triste... No, y lo que es eso... Ella debe amarle mucho, segun que se vá poniendo amarillenta, y tan flaca que ya parece un fideo,

MAR. Pero el...

Eng. No quiero engañarme; desde que tuvo el encuentro con usted, no anda con ella al corriente.

MAR. Yo me temo que ese amor eche por tierra todos mis planes.

Eng. Pues eso en usted consiste. Ea, yo me voy ya, que no quiero que venga Juan, y me encuentre por aqui.

MAR. Tambien voy dentro.

Eng. Que se alivie el señorito.

MAR. Gracias. A Dios.

Eng. Hasta luego.

(Vanse Engrudo por el fondo derecha, Maria por el pabellon. Despues aparece Don Pedro por el fondo izquierda, y avanza, despues de cerciorarse de que no hay nadie.)

ESCENA II.

D. PEDRO, solo.

No hay nadie. Ayúdame, suerte, que es ya mi dicha presunta.

Este silencio, burrunta el silencio de la muerte.

Ama á un hombre, y tiene aqui una cita con el hombre...

Oh! le juro, por mi nombre, que habrá de pesarle, si.

Todo, todo lo escuché.

Hace dos días espío sus pasos. No me desvío de ella. Se lo juré,

y lo he cumplido. Su amor me niega, cuando la adoro,

y con él pierdo su oro, su posicion, su favor.

Está decidido ya.

Si el hombre á quien ella ama se entera que yo... Se llama Juan Palomo... ¿Quién será?

No sé por qué el corazon tiembla al escuchar su nombre...

Oh! Yo conozco á ese hombre por fuerza... Si; aquel ladron á quien quité su caudal,

cuando yo le asesinaba, á Juan Palomo nombraba...

Mas, ¿qué me importa? Es igual. Tengo las cosas de modo

que cuando juego este lance, no hay que temer á un percance

sino atropellar por todo.

¿Estará mi gente? A ver.

(Saca un pito y silva suavemente.)

ESCENA III.

El mismo, y EL JABALI.

JAB. ¿Qué se ofrece?

PED.

A preparar.

Con sigilo á vigilar...

JAB. Bien...

PED. No hay tiempo que perder. (*vase el Jabal.*)

Se cumplirán mis desvelos.
Si, saldré de esta agonía...
Oh! Yo te haré ver, María,
á lo que arrastran mis celos.
Ocultémosos. La hora
es de la cita... Escuchemos,
y con prudencia esperemos,
que pues la suerte traidora
asi lo quiere, será;
ella sucumba á mi amor,
y él, como un vil saltador
á mi manos morira.

(Vuelve á ocultarse por donde mismo apareció. Hasta que vuelve á figurar en escena, no dejará de aparecer de vez en cuando por el mismo sitio, observando y retirándose. Aparece por el fondo derecha Juan Palomo y el Ciervo.)

ESCENA IV.

JUAN PALOMO y EL CIERVO.

CIERVO. Pues lo que es aquí no veo...

JUAN. A mí me pareció ver...

CIERVO. Eso es que te hace perder
la cabeza, tu deseo.

JUAN. Tú crees?

CIERVO. Que amas á María,
de su conducta á pesar,
que la quisieras hallar
tan pura como es el día.
Y en ello nada hay extraño...

JUAN. Mas la otra...

CIERVO. Amor que nacia,
sino se cura en un día,
se cura al cabo en un año.

JUAN. Pobre niña!

CIERVO. Y es verdad
que ella te quiere de veras...

JUAN. Ciervo, la pasión primera
no se refrena á su edad.

Yo por su pasión vivía,
ya en mi mujer no pensaba,
yo cuando en su amor soñaba
vengo á encontrar á María.

Y lo que mi pecho siente
es, que me impone el deber
respetar á mi mujer
sea criminal ó inocente.

Vivir de ella separado,
ó vivir tengo con ella,
de todos modos, mi estrella
á Magdalena ha llegado.
Que dó quier pongo mi amor,
dó quiera pongo mi mano,
vá el infortunio tirano,
el esterminio, el horror.

CIERVO. Pues no hay que pensar en eso
á cumplir con el destino.

Si así piensas, imagino...

JUAN. Que estoy loco, lo confieso.

CIERVO. Ea, deja esa tontería;
á pensar en lo que hacemos,
para que fijos marcheemos.
Hoy vas á hablar á María;
si no te faltó, con ella
será preciso vivir,

si nó, forzoso es partir
muy lejos...

JUAN. Tal es mi estrella.

CIERVO. Y, qué se ha de hacer? La suerte
lo ha dispuesto, y es forzoso
que busquemos el reposo
hasta que venga la muerte.
Conque lo que es yo, ya sabes,
afuera luego me voy,
y por el camino estoy
esperando hasta que acabes.
Hasta luego.

JUAN. Ciervo, á Dios.

CIERVO. Él haga que tengas calma.

JUAN. Quién sabe, Ciervo del alma,
qué será al fin de los dos.

(*vase el Ciervo, foro derecha.*)

ESCENA V.

JUAN PALOMO solo.

Oh! cuál brilla la luna!
Así también brillaba
allá en Sierra Morena
donde perdí mi calma!
Entonces era niño,
á vivir empezaba,
sin conocer del mundo
la lucha temeraria.
Yo andaba por la sierra;
cuál tigre devoraba
la presa que á mis manos
echaba la desgracia.
En las iras del cielo
no pensé, que á pensarlas,
no fuera lo que he sido
y ni mis penas tantas.
Entonces de una madre
el amor me alhagaba,
y los remordimientos
á mí nó me inquietaban.
Qué feliz me sentía,
y hoy, cuánta es mi desgracia!
María!.. Sí, María,
también tú acariabas
al misero bandido
que por la sierra andaba
Fugaz pasó aquel tiempo.
Quise salvar mi alma,
y desde entonces, penas,
tan solo penas halla
el corazón, que el pecho
me destroza y me mata
Así en la tierra, es claro,
los erimenes se pagan.
Hoy ya no tengo aliento
aquel recuerdo embargo
mi cerebro, y la vida
se me hace tan pesada.
Noche de luna, vuelve
al corazón la calma,
la paz que él ha perdido.
la dicha que le falta.
Es tarde, y ya la hora
de la cita se pasa...
Si nó viene!.. Imposible,
es ella quien me llama.
Dice que su inocencia...

Su inocencia!.. Dios haga
que pruebas tenga tales,
que convencido salga.
Alguien viene.. Si es ella,
Dios mio, dadme calma,
que ya tantas fatigas
no puedo soportarlas.

ESCEÑA VI.

JUAN PALOMO, MARÍA, DON PEDRO *oculto*.

JUAN. María! (*vá hácia ella y se contiene.*)
Señora!

MAR. Juan!

PED. (Están juntos! Desde aquí. . .)

JUAN. (Qué es lo que pasa por mí?)

MAR. Oh! Calma, calma ese afán.

JUAN. Vengo, señora, atendiendo
á que es forzoso saber,
qué ha sido de una mujer
por quien he estado sufriendo.
Y no á demandarle amor,
que amor mi pecho no siente,
ni tiene celos, ni miente
demostrando ahora furor.
Que está el corazon helado,
su vivir es un delirio,
y tanto, y tanto martirio
ya lo han desimpresionado.
Vengo, pues, á concluir
de una vez con una historia
que trastorna mi memoria.
Ya la puede usted decir.

MAR. Juan, cuán desgraciada soy:

JUAN. Desgracias! Válgame Dios!

Cuál será mas de los dos?

Vamos, hable usted, ó me voy.

MAR. Desgraciada, sí, que amando
diez años viví y sufriendo,
diez años triste muriendo. . .
siempre muriendo y llorando.
A tí, Juan, no se te alcanza
cómo sufriendo moría,
mas lo cierto es, que vivía
solo en pos de una esperanza.
Ella mi mente embargaba,
ella mi pecho abatido,
en mi vivir afligido
tan solo me consolaba.

La esperanza de encontrarte,
de repesar en tus brazos,
y unidos con fuertes lazos
ser amada y adorarte.

Y te hallé, pero de un modo
que es imposible mi dicha,
te hallé para mi desdicha,
pues lo has olvidado todo.
Has olvidado tu amor,
aquellós dias de gloria,
que al recordar mi memoria
aumentan mas mi dolor.

JUAN. Le repito á usted, María,
que á hablar de eso no he venido.

MAR. Mas, Juan, eres mi marido.

JUAN. Es verdad, ya lo sabia:
y eso mis quejas abona;
marido que adora fíel
y á quien con daño cruel

se le finge y abandona.
Hable usted, señora; vea
que arde el corazon por dentro.
Ya que resuelto me encuentro
á escucharla, pronto sea.

MAR. Mi historia es triste.

JUAN. Tristeza

tambien es la vida mia.

MAR. Ay!

JUAN. Acabemos, María,

que se abrasa mi cabeza.

MAR. Oye pues. Una mañana. . .

oh! qué mañana tan pura!

gozando yo la ventura

de una ilusion soberana,

al brillo de puro albor,

á la primer claridad,

presa de alguna ansiedad

yo miraba á mi alrededor.

Un lecho allí se encontraba

que yo contemplaba loca,

aspirando de la boca,

de una niña que allí estaba,

el puro y ligero aliento

que daba vida á mi vida.

JUAN. Esa mañana, perdida

fué mi vida en un momento.

MAR. Es verdad. Un hombre habia,

que abusando de mi esposo,

mas de una vez sin rebozo

confesó que me queria.

Por no darte desazon

desprecie aquel devaneo,

y olvidando su deseo,

Juan, callé por compasion.

Que si te digo su anhelo,

tú que me adorabas fíel,

hicieras, seguro, de él

la víctima de tu celo.

Aquel dia apareció

en mi cuarto. llamó, abrí,

que yo te esperaba á tí:

mas como una fiera entró.

Agudo puñal brillaba

en su mano ennegrecida,

amenazando la vida

de la niña que allí estaba.

Yo no me atreví á gritar,

oh! tu razon no me ríia;

pude, callando, mi niña

por aquella vez salvar.

Lloré, supliqué; furioso,

mientras mas le suplicaba,

mucho mas me amenazaba

de llevarme codicioso.

Cogió á la niña y salió,

yo le seguí por salvarla.

que no pude abandonarla,

pero no me la entregó.

A poco un hombre imprudente

que tambien me perseguia,

se apareció; que agonía!

Uno y otro intransigente,

sin atender á mi ruego,

á paraje me llevaron,

donde, ay triste, me encerraron,

pero sola, sola, Diego.

Mi hija desapareció,

y aquel hombre en su locura,
mi funesta desventura
sin reflexionar causó.

Pero á su amor resistí;
juré vengarme, y lo hiciera,
si recobrar no quisiera
á tu hija que perdí.

Pasó tiempo, y esperé;
él se anoldó á su destino,
y yo abriéndole camino
de nuevo le provoqué.

En Francia estábamos ya;
oh! permíte que me alija:
yo le pedía mi hija,
mas no me la daba, ah!

Al separarme de tí,
en mi desgracia cruel,
en medio de tanta hiel
madre otra vez me sentí.

Y madre fui por mi mal,
y aquel hombre tan tirano,
ofreciéndome su mano,
su título, su caudal,

prohijar al hijo querido,
mirarme como á una hermana:
en lucha tan sobrelumana
mostrándose arrepentido,
me hizo concebir un plan
que coordiné, y en seguida
con una falsa partida
acepté su mano. Juan.

Cambié de nombre aquel día;
él su nombre á mi hijo dió...

Desde entonces me trató
con la doblez que sentía.

Pero era tarde: en mi mano
su título estaba ya.

su nombre, y entonces, ah!
con arroyo sobrehumano,

una noche, por su mal,
dándole erudo beleño,

aprovechando su sueño,
clavé en su pecho un puñal.

JUAN. Y le mataste!

MAR. Yo; sí.

JUAN. Un crimen mas!

MAR. Uno, y ciento.

Lo hice por tí.

JUAN. Qué tormento!

Cuán desgraciado nací!

Sigue.

MAR. Grité; y el cuitado,

por su pasado afligido,

declaró haber sido herido

por la mano de un eriado.

Su luto, hipócrita, oh!

guardé; despues vine aquí,

y todo este tiempo, sí,

buscándote he estado yo.

Ahora bien; qué quieres mas?

Ahí tienes al ser que adoro,

llevátelo, yo lo imploro,

y luego muerte me das.

JUAN. Pero las pruebas... Tu nombre

supuesto... Todo está osкуро...

MAR. Oh! no, no; yo te lo juro.

Todo lo aclaró aquel hombre

antes de morir. Aquí

(*presentándole una carta que saca del pecho.*)

eserito con sangre está.

Lee, lee...

JUAN. Deja...

MAR. Ya

lo comprendo todo. A tí

no te conviene; otro amor,

ya sé, roba mi alegría...

JUAN. María! Por Dios, María,

duélete de mi dolor.

No es eso; es que mi cabeza

se confunde; que no acierto...

MAR. La última razon de un muerto

cuándo á arrepentirse empieza...

JUAN. Pero ese niño?

MAR. No argullo

mas, con quien así mintiendo

viene, pesares fingiendo;

pero, Juan, es hijo tuyo.

Su edad lo demuestra bien,

su partida de bautismo.

su rostro, su rostro mismo

claro lo muestra tambien.

JUAN. Y se llama?

MAR. Algun sosiego

queriendo darme aquel hombre,

me consintió que tu nombre...

JUAN. De modo?

MAR. Se llama Diego.

JUAN. Y ese papel?

MAR. Mira, Juan.

JUAN. Oh! No puede ser!.. Me olvidó...

MAR. Léelo, yo te lo pido:

eso calmará tu afán.

JUAN. Está bien. Leeré. Dios mio!

el crimen me hizo perdér

una vez á mi mujer,

y él me la devuelve impio!

(*Leyendo.*) «María; yo te perdí;

yo robé al pecho tu calma.

Ciego emponzoñé tu alma

por el amor que sentí.

Puro conservé tu honor

á pesar de mi amor ciego;

de él en reucompensa, á Diego

le dí mi nombre y mi amor.

Vengando mi desvario,

tú acabastes con mi vida:

venganza tan merecida

harto llora el pecho mio.

A pesar de ella, perdon

te pido en mi desconsuelo,

y á Dios rogaré en el cielo

que te dé su bendicion.

Si alguna vez á tu esposo

vieres, mi perdon reclama;

pura vas, si es que aun te ama,

puedes hacerlo dichoso.

Es aun mayor mi querella

cuando muero, que te alija,

el no entregarte á tu hija,

pero nada sé de ella.

Puse tu honor en un tris

y pago mi alevosia,

Dios nos perdone, María.

Tnyo:—El Marques de Solis.»

Oh!

MAR. Juan, lo ves?

JUAN. Sí, María.

Júrame por ese niño,

que es verdadero castigo
que me tienes todavía.
Que aun pidiendo á Dios perdon
de todos nuestros deslices,
podemos vivir felices.

MAR. *(Cayendo en sus brazos.)*

AY, Juan de mi corazon!

JUAN. Oh! Deja que á Diego vea
con paternal regocijo.

MAR. Abrazalo, sí; es tu hijo.

JUAN. Voy pues...

MAR. Pero que no lea
en tu emocion el plaacer,
porque una imprudencia mata
nuestro plan, y desbarata
de un momento nuestro ser.

JUAN. Es verdad; por conservar,
mal que me pese, un renombre,
no puedo darle mi nombre...

Sí, sí, es preciso ocultarle...

Tal es la suerte, María,
te encuentre, y pesar profundo,
tengo que ocultarle al mundo
por el pronto, que eres mía.
Voy pues.

MAR. Vê á besarlo, sí;
mas calma por un momento
tu paternal sentimiento.
Anda, yo te espero aquí.

(Juan entra por el pabellon; D. Pedro, que ha reparado la ausencia de Juan, atraviesa la escena por el fondo, y vuelve con Jabali y dos bandidos.)

ESGENA VII.

MARÍA, D. PEDRO, el JABALI y dos bandidos.

MAR. Oh! Me siento tan dichosa,
que casi á creer no acierto...

Juan de mi vida! Su amor
vuelve la quietud al pecho.

Hijo: ya tienes un padre;
qué feliz me considero!

D. PED. *(bajando.)* Ahí la teneis. A ella.

(Dice esto á media voz. El Jabali y los bandidos sujetan á María por la espalda, atándola y luchando con ella, hasta colocarle un pañuelo en la boca, que le impide hablar.)

MAR. Oh! traicion... Juan!.. oh!..

D. PED. *(Muy bajo.)* Silencio.

MAR. Infame!

D. PED. Lo ves, María?

Ya eres mía. He estado oyendo
todo, oculto. Me he vengado

al cabo de tus desprecios.

Echame ahora de tu casa.

Oh! y me vengo en el momento
que mas feliz te creias.

Llevala. *(A los bandidos que luchan con ella, hasta llevársela.)* Vamos; el tiempo

es precioso. Vamos pronto.

Mientras al marido espero,

tú conmigo, Jabali;

le sujetas, mientras el pecho

le atraviesa mi puñal.

(El Jabali se coloca junto á la puerta del pabellon, recatándose todo lo posible para no ser visto por Juan Palomo. Al salir este, le deja pasar un poco para cojerle de espaldas y sujetarle los brazos, dando así lugar á que Don Pedro le hiera el pecho con un puñal.)

ESGENA VIII.

D. PEDRO, el JABALI, JUAN PALOMO. Despues el CIERVO
mas tarde ENGRUBO.

D. PED. Ya está aquí. *(lo hiere.)*

JUAN. Dios mio! Qué es esto!

D. PED. Toma.

JUAN. Jesus! *(Cayendo.)*

D. PED. Ahora, ven

por tu mujer; yo la tengo;

tu mujer y tu caudal.

Sí; yo fui el hombre perverso

que tambien te lo robó.

Todos somos bandoleros;

tú lo fuistes en cuadrilla,

yo lo soy con menos riesgo.

El CIERVO. *(apareciendo, y al oír los últimos versos tominando la situacion, apunta con su trabuco á D. Pedro.)* Y yo te voy á moler de un trabucazo los huesos.

Al suelo y prevente.

(Como el Cierro al llegar, so'o se ha fijado en D. Pedro, ha dado tiempo mientras ha dicho los versos anteriores, á que el Jabali se le haya echado encima por la espalda, cortánd le la accion.)

D. PED. A él.

JABALI. *(Acomete tambien al Cierro, el que luchando con ellos pugna por desambarazarse.)*

CIERVO. Demonio! Infierno!

Que me han cogido la accion!

(Sigue luchando, hasta que se presenta Engredo apuntando tambien con su trabuco; pero al verlo.

D. Pedro y el Jabali, sueltan al Cierro y huyra precipitadamente.)

ENG. Aquí estoy yo. Mas, qué veo?

Infames! Se han escapado!

(Dispara su trabuco con direccion al camino que han tomado los que huyeron.)

Uno cayó.

CIERVO. Por los cielos!

Cojerme así, de improviso!

ENG. Si tú no estas para eso.

Pero qué ha pasado aquí?

Y Juan?

CIERVO. Míralo en el suelo.

ENG. Jesus! *(Yo me vuelvo loco.)*

Mi capitán.

(Yendo los dos hácia donde está Juan.)

CIERVO. Está muerto!

ENG. Qué siempre llegue yo tarde!

Juan!... Juan!... Que lo ampare

el cielo.

(Al recogerlo los dos, cae precipitadamente el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO IV.

Virtud y deprabacion.

Interior de un meson; chimenea con campana grande á la derecha; alguna leña ardiendo bajo la misma. Puertas al foro y á la izquierda. Moviliario rústico. Aparecen sentados juntos al fuego cuatro bandidos. Cerca de ellos, de pie, Quiteria.

ESCENA PRIMERA.

QUITERIA y los cuatro bandidos.

- BAN. 1.º Es cosa particular!
Y eso te dijo D. Pedro?
- QUIT. Yo, por qué he de suponer otra cosa?
- BAN. 1.º Ya lo creo.
- BAN. 2.º Le habrá sucedido algo, y temiendo un desarreglo entre nosotros, lo oculta.
- BAN. 1.º Hombre, quizás... mas lo cierto es, que salió el Jabalí con él; que á Madrid se fueron, que han estado cinco dias; que ha vuelto solo D. Pedro, que no nos han dado nada y que el Jabalí no ha vuelto.
- BAN. 2.º Pues oye, lo que es por mí, si te digo lo que siento, no sufro que se me engañe.
- BAN. 1.º Y tú, qué dices á esto? (*á Quiteria.*)
- QUIT. Qué quieres que yo te diga?
- BAN. 1.º Toma!
- QUIT. Yo en nada me meto. Yo no hago aquí mas que obrar segun me manda D. Pedro, que es quien paga.
- BAN. 1.º Cuando paga.
- QUIT. Se aguantan los malos tiempos...
- BAN. 1.º Es elaro, para esperar que luego vengan los buenos. Pues si el Jabalí no vuelve, Quiteria, malo vá esto.
- QUIT. El parecerá si quiere, deja que venga D. Pedro, que yo le preguntaré.
(*se va á la puerta del foro.*)
- BAN. 2.º Malo este negocio veo.
- BAN. 1.º Y tan malo. Vaya en gracia! Aquí pasamos el tiempo esperando, y entre tanto por ahí se gobiernan ellos. Y aquí debe pasar algo, que lo que es yo, no comprendo. Don Pedro volvió hace cuatro dias, al siguiente que ellos se marcharon: aquí estuvo, y aunque nada nos dijeron, algun asunto le trajo de interés...
- QUIT. Callarse; creo divisar cerea un ginete.
- BAN. 1.º Será el Jabalí?
- BAN. 2.º O Don Pedro?
- QUIT. No es ninguno de los dos. Es un mozo muy completo, segun su facha. Se apea del caballo.
- BAN. 1.º Compañeros, á hacer que dormimos.
- QUIT. Vamos, que ya llega.
- BAN. 1.º Andar.
- QUIT. Silencio.
(*Los cuatro bandidos cojen cada uno su escopeta y se retiran á un extremo aparentando dormir.*)

ESCENA II.

Los mismos y ENGRUPO.

- ENG. Que Dios te libre de mal, buena moza.
- QUIT. Qué se ofrece?
- ENG. Dime, niña, no merece un buen pienso ese animal? Que traigo una caminata... Y luego la nieve, y el frio... Vamos á ver, dueño mio, hay ó no?
- QUIT. No.
- ENG. Andando á gata he estado yo por llegar donde entregarme al sosiego.
- QUIT. Pues aquí tan solo hay fuego. Si se quiere calentar...
- ENG. Y ni un sitio cobijado donde hacer la rosca?
- QUIT. Nada.
- ENG. Pues la broma ya es pesada.
- QUIT. Es que todo está ocupado.
- ENG. Todo?
- QUIT. La casa es muy ehica, y estan unos arrieros...
- ENG. Gente buena...
- QUIT. Forasteros...
- ENG. Pero, quiénes son? Esplica.
- QUIT. Curioso es usted.
- ENG. Lo soy.
- QUIT. Pues yo mal ó bien barrunto, mas no digo ni pregunto dónde van, ni dónde voy.
- ENG. Es que yo no vengo aquí á humo de paja...
- QUIT. No sé...
- ENG. Se puede saber?
- ENG. El qué? A lo que yo vengo?
- QUIT. Sí.
- ENG. Pues ya se vé. Yo soy franco, si encuentro una buena moza.
- QUIT. Gracias.
- ENG. Yo vengo á una cosa. No soy pobre ni soy manco. Ni soy tampoco un Neron, sino un mozo...
- QUIT. Que si quieres!
- ENG. Para las buenas mujeres tengo tierno el corazon.
- QUIT. Empiece usted.
- ENG. Sin mareo; yo buseo á unos foragidos que andan por aquí...
- QUIT. Bandidos?
- ENG. Aquí, no.
- ENG. Pues ya lo creo.
- QUIT. Usted es de la Policia?
- ENG. Lo que es yo... Soy... Te diré... Que desde que te miré, te estoy queriendo, alma mia.
- QUIT. Es usted andaluz?
- ENG. Razon te sobra.
- QUIT. De dónde?
- ENG. Calle!
Donde á la Virgen del Valle

se le dá veneracion.

BAN. 1.º (Qué dice? Oigamos.)

ENG. Mi vida,
conque, entramos en belenes?

QUIT. Esplique usted...

ENG. Tu te avienes
con esto? (*sacando un bolsillo lleno de onzas de oro y dándole una.*)

QUIT. Buena comida!

ENG. Hay pienso?

QUIT. Pues no ha de haber!

ENG. Pues voy á entrar el caballo.

QUIT. Ilable usted bajo.

ENG. Ya callo...
(*Es una buena mujer!*) (*se va foro.*)

BAN. 1.º Qué es eso?

QUIT. No lo has oido?

BAN. 1.º Qué querrá?

QUIT. Ya lo veremos.

BAN. 1.º Trae plata?

QUIT. Sí.

BAN. 1.º Observaremos.

QUIT. Que vuelve.

BAN. 1.º Ya estoy dormido.

ENG. (*que entra.*) Conque; me puedo sentar,
mi reina?

QUIT. Digo!

ENG. Al avio. (*se sienta.*)
Dígame usted, dueño mio,
si aquí podemos hablar.

QUIT. Quién se opone?

ENG. No lo entiendo.

Esa gente... puede oír...

QUIT. Qué! No hacen mas que dormir.

ENG. Dormir, eh? (*Ya voy cayendo.*)

Bueno; lo mismo me dá.

A tí te gusta el dinero?

QUIT. Y á quién no? Es un caballero
que gusta á todos.

ENG. Pues ya,

Toma. (*Le dá otra onza.*)

QUIT. Para mí?

ENG. Respeto

te causa?

QUIT. Sí.

ENG. Es poca cosa.

Vamos, serás tú una mosa

para guardar un secreto?

QUIT. Veamos.

ENG. Empezaré
por decirte... Es cosa cierta;
que al entrar por esa puerta
de tus ojos me prendé.

Que yo no soy ningun tonto;

que tengo plata y... A ver,

dime tú tu parecer...

QUIT. Así de pronto?

ENG. De pronto.

QUIT. Usted quiere...?

ENG. Sí.

QUIT. Lo creo,

solo porque lo asegura.

ENG. Lo que te dice este cura,

es la verdad, no es mareo.

QUIT. De modo...

ENG. Vaya otra cruz. (*le dá otra onza.*)

QUIT. Tiene usted unas cosas...

ENG. Hecho!

Yo me voy por lo derecho.

QUIT. Por el Cristo de la luz!

Su nombre de usted?

ENG. Evita

esa pregunta...

QUIT. Es el quid.

ENG. Me conocen en Madrid

ha tiempo por Luis Chapita.

Pero, hija, yo no me esecudo
contigo, pues soy muy hombre...

QUIT. Bien...

ENG. Mi verdadero nombre

es...

QUIT. Dígalo usted.

ENG. Engrudo.

(*Desde que pronuncia esta palabra, empieza á observar á los bandidos, que creyendo no ser vistos, se ponen en movimiento.*)

Conqué?...

QUIT. Si usted es mozo...

ENG. Un taco

en lo bueno y el querer...

QUIT. Pues hecho.

ENG. Vamos á ver!

En esta casa hay tabaco?

QUIT. No tiene usted?

ENG. No; mi flanco

es mi memoria... Se olvida...

He estado toda mi vida

reñido con el estanco.

QUIT. Pues aquí...

ENG. (*con intencion.*) Puede que alguno.

de esos hombres... Eh! (*llamando.*)

QUIT. Sin voces.

ENG. Qué! Tú á ninguno conoces?

QUIT. A ninguno.

ENG. Ya! A ninguno.

Arrieros! Las mujeres

no conocen los bribones...

Pues yo sé que son ladrones...

(*Todos los versos anteriores los ha ido marcando con intencion, y los últimos levantando la voz, y poniéndose de cara á los bandidos. Estos se levantan de golpe y se echan á la cara las escopetas, apuntando á Engrudo, que se levanta y lo hace á la vez con el trabuco.*)

BAN. 1.º Date preso.

ENG. Que si quieres!

QUIT. Ay, Jesus!

BAN. 1.º Abajo.

ENG. Chillas,

porque no sabes quién soy.

Pues á decirte lo voy.

Todo el mundo de rodillas.

No? Pues me gustan sus modos!

Les voy á hacer un cariño!...

Soy Engrudo; soy un Niño

de Eeija; abajo todos.

(*Los cuatro bandidos se arrodillan aterrados.*)

BAN. 1.º Pero...

ENG. Silencio.

BAN. 2.º Es que yo...

BAN. 1.º Es que nosotros...

ENG. Callarse,

y luego podreis quejarse.

Hay quien quiera algo? (*apuntando.*)

BAN. 1.º Yo... no.

ENG. Todos aquí. (*Los bandidos se acercan con temor.*)

Fuera esa

gente. (*Por las escopetas que cada cual deja en un*

tado.) Yo soy vuestro amigo.

Escuchar lo que les digo
que á todos les interesa.

Ustedes son...

BAN. 1.º Qué!
ENG. Ladrones;

ovejas descarriadas
por el mundo, desmandadas
cada cual por sus razones.
Pero, ladrones sin fuero,
en esto soy yo muy ducho;
ustedes trabajan mucho
y otro se lleva el dinero.

BAN. 1.º Es verdad.
ENG. Y eso es razon?

BAN. 2.º No lo es.
ENG. Y seguir así
os conviene?

BAN. 1.º Que no.
ENG. Aquí
se os presenta la ocasion.
Yo vengo á echarme á la vida
y necesito de gente;
quieren ustedes que al frente
me ponga de la partida?

BAN. 1.º De modo...
ENG. Sin vacilar

se responde.

BAN. 1.º Es que hay un hombre
que manda aquí.

ENG. A ver su nombre.

BAN. 1.º Jabalí.

ENG. No ha de mandar.

BAN. 1.º Si viene...

ENG. No ha de venir.

BAN. 1.º Pues cómo?...

ENG. Era un malvado,
y al fin yo lo he despachado.

BAN. 1.º Murió?

ENG. Yo lo ví morir.

BAN. 1.º Pero otro nos causa escama;
nos manda, y es poderoso.

ENG. Cómo se llama ese mozo?

BAN. 1.º Don Pedro de Arias se llama.

ENG. Pues á ese vengo buscando,
y de ustedes necesito.

Para abrir el apetito
vayan ustedes contando.

*(Reparte con profusion dinero entre los cuatro
bandidos.)*

BAN. 1.º Cuánto oro!

ENG. Tengo yo un plan
que habrá dinero de sobra.

De lo que robeis, no cobra
nada el nuevo capitan.

Hecho el pacto?

BAN. 1.º Convenido.

QUIT. Este es un mozo rumboso!

BAN. 1.º Viva el capitan!

BAN. 2.º Qué mozo!

ENG. Quietos, que no he concluido.

Lo primero que hay que haer
para el negocio empezar,
es llegar á averiguar
dónde se halla una mujer.

QUIT. (Cielos!)

ENG. Don Pedro robarla
de Madrid ha conseguido.

BAN. 1.º No sabemos...

ENG. Escordido

la habrá. Vamos á buscarla.

Jurarme que no sabeis...

BAN. 1.º Yo juro...

BAN. 2.º Y yo...

ENG. (á Quiteria.) Y tú tampoco?

QUIT. Yo no...

ENG. Pues me vuelvo loco

ó la encuentro... Ya vereis

como la hallamos.

BAN. 1.º La cueva

es forzoso registrar.

Allí se debe encontrar.

QUIT. (Respiro.)

ENG. Hagamos la prueba.

Yo os daré mas que robar

es posible en todo un año,

si me la encontráis sin daño.

Vamos, vamos á buscar.

Y entended; ni por asomo

la ofenda nadie; á saber,

que esa mujer es mujer...

BAN. 1.º De usted?

ENG. No; de Juan Palomo.

BAN. 1.º Del famoso capitan

de los Niños?

ENG. Sí, del mismo.

BAN. 1.º Sacramento del bautismo!

A buscarla con afán.

ENG. Vamos. Tú, moza bonita,

no digas, por Jesucristo,

que en toda tu vida has visto

á Engrudo ni á Luis Chapita.

(Vanse por el foro.)

• ESCENA III.

QUITERIA sola.

Ay! Dios mio! Yo estoy muerta!

Si descubren que en mi casa

está don Pedro, con esa

señora que ellos buscaban...

Y quién se atreve á decirles?...

Qué! Si se enteran, me matan,

que el señor Engrudo, es

un mozo con mucha alma.

Válgame Santa Quiteria:

Qué compromiso! Mal haya

hasta la hora en que yo

esto consentí en mi casa!

Ya se vé, está una tan pobre,

que hace cuanto se le manda,

solo por tomar dinero:

pero qué, en una semana

no me dá á ganar don Pedro,

lo que con este se gana.

Y vaya si me ha flechado!

Qué! Si tiene mucha gracia;

y un rumbo... Pero, está claro,

es andaluz, y esto basta.

Qué hago? Avisar á D. Pedro

es lo prudente; que salga

con la señora, y muy lejos

á estar seguro se vaya.

Así no me comprometo,

porque así nada se aclara.

(llega á la puerta de la izquierda y llama.)

Salga usted.

(D. Pedro abre con llave: sale y vuelve á cerrar.)

ESCENA IV.

La misma y D. PEDRO

D. PED. Nada me digas porque todo lo he escuchado.

QUIT. Y ella?

D. PED. Tambien.

QUIT. Ay! Dios mio!

D. PED. No temas; está en mis manos. Tú vé de esa gente infiel á seguir todos los pasos. Si se vuelven hácia aquí, avisa al momento. Vamos, que está nuestra vida en riesgo y salvarla es necesario.

QUIT. Voy. (Yo no guardo el secreto: como los encuentre, canto.)
(*Vase por el foro. Don Pedro cierra con llave dicha puerta, y coloca algunos muebles delante de la misma. Luego abre la de la izquierda.*)

ESCENA V.

D. PEDRO y MARÍA.

D. PED. Ya podeis salir, señora.

MAR. Se fueron! Tigre inhumano!

Vienen por mí, y te resistes á soltarme?

D. PED. Hable usted bajo. Considere usted, María, que en el trance en que me hallo, estoy decidido á todo, y si sintiese los pasos de esos hombres, con la vida de usted sus pesquisas pago. Aquí solo hay dos caminos. He sufrido tiempo largo. Hace que estoy cuatro días á los pies de usted rogando, por conseguir un amor que me hace ser desgraciado. Usted bien sabe, señora, que á haber querido, en mis manos he tenido el reducirla por la fuerza; no he pensado en ello, porque seguro estaba, que usted al cabo á mi amor se rendiría comprendiendo cuanto la amo. Ya es imposible seguir en esta lucha; ya estamos entre la vida y la muerte, ó usted, mi amor coronando, se rinde á mis exigencias, ó yo, que perdido me hallo, atropellando por todo á la fuerza rompo el campo.

MAR. Pues bien; yo aseguro á usted, que quizás mañana... acaso...

D. PED. Necia! Engañarme pretendes...

MAR. No, don Pedro; no es engaño. deje usted que me reponga, que yo salga de este estado, que vea á mi hijo, que pueda con mi esposo hacer un pacto.

D. PED. Con tu esposo! Miserable! Con tu esposo! Que has hablado? Quieres aumentar la llama

de los celos en que ardo? Escucha; no te lo he dicho para consolarte en algo. Tu esposo, no lo veras otra vez entre tus brazos: aquella noche; la noche en que te tendi aquel lazo, no satisfecha mi saña, mi venganza, le esperamos, y al salir...

MAR. Eso es mentira. No eres capaz de esperarlo, porque tú eres un cobarde, y él...

D. PED. No te esfuerces en vano. Ya yo sé que era un valiente, por eso busqué yo un brazo que le sujetó.

MAR. Concluye de una vez, tigre...

D. PED. Y mi mano le dió tan certero golpe, que cayó á mis piés.

MAR. (*fuera de si.*) Malvadó! Y eres tú quien me lo dice? Y eres tú el hombre que ha estado rogándome cuatro días que le admita como esclavo? Y has osado á Juan Palomo, al ser que mas idolatro en el mundo? No te temo! Ven, ven, cobarde, te aguardo. Ven, que es tanto lo que te odio, que aun viéndome en este estado, si te atreves á llegar te despedazan mis manos. Ven, ven, pero no vendrás; eres un cobarde; asco me dá de verte tan chico ante mí que tanto valgo.

D. PED. María?

MAR. Qué! Te sofocas? Asesino, hombre inhumano. Tú sabes lo que me has dicho? Tú sabes que me has tornado á ser fiera de la Sierra, á ser mujer de los campos, á la que nació entre tigres, á la que vivió entre malos? Te he sufrido resignada la esperanza alimentando de que viniera mi Juan á salvarme; has revelado el secreto que te pierde; has puesto en mi Juan tu mano, y como eres un cobarde y yo me siento con ánimo de luchar contigo, ven, ven, si te atreves; te aguardo. Vacilas?

D. PED. Por Dios, María!

MAR. Ya sé que no estás armado. Ven, que si á tanto te atreves juro que no has de contarlo.

D. PED. María, no puedo mas; tanto me estas insultando que no puedo contenerme. El tiempo se pasa rápido. Van á venir. De una vez

responde; no hay que pensarlo
ó me sigues para siempre,
ó no respondo...

ENG. (*dentro golpeando la puerta.*)
Alto, alto.

Esta puerta.

D. PED. (*fuera de si.*) Ya lo ves;
al fin...

MAR. (*gritando.*) Venid pronto; vamos.
socorredme, que me mata.

ENG. (*dentro.*) Voy á echar la puerta abajo.
(*Desde este momento hasta la salida de Engrudo y los demás se sienten golpes como de estar derribando la puerta.*)

D. PED. Ah! Tú lo has querido. Ahora
que ya perdido me hallo,
no hay compasion.
(*Se agarran Maria y don Pedro y luchan desesperadamente hasta caer en tierra.*)

MAR. Asesino!
Socorro!...

(*Ya en este momento, Don Pedro tiene cogida á Maria por el pescuezo, violentándola hasta dejarla exanime.*)

D. PED. Ya estoy vengado.
Ahora yo... no... por aquí...

(*Recorre toda la habitacion buscando una puerta por donde salir; llega á la de la izquierda y recordando que no tiene salida, retrocede á la chimenea, y se decide, despues de vacilar, á subir por ella como lo ejecuta rápidamente. Apenas don Pedro ha desaparecido, se desploma la puerta del foro: los que van á entrar pujan por abrirse paso, como lo consiguen al fin.*)

ESCENA VI.

MARIA en el suelo; ENGRUDO, el CIERVO, QUITERIA y
cuatro bandidos.

ENG. Ay! Que perdimos el salto.

CIERVO. Esta mujer! (*reparando en Maria.*)

QUIT. Está muerta.

CIERVO. Es Maria! Cielo santo!

Y Juan que vendrá ya cerca,
y que me mandó esperarlo.

ENG. Pero el pícaro... No está...

Oh! Por aquí se ha escapado.

(*Ejecuta el mismo juego escénico que anteriormente Don Pedro, hasta subir como él por la chimenea por donde desaparece.*)

ESCENA VII.

Los mismos, menos ENGRUDO.

CIERVO. Pobre Juan! Siempre su estrella!

No hay que perder tiempo. Andando.

Recojer á esa mujer

y meterla en ese cuarto.

QUIT. Pobrecita! Y era hermosa
como un sol.

CIERVO. Vamos, volando,
á llevarla.

BAN. I.º Pero, usted...

CIERVO. El que me ponga reparo...

BAN. I.º (*Si será otro de los Niños?*)

Cuando manda así; está claro.)

(*Los bandidos recojen á Maria y la conducen por la puerta izquierda, volviendo ellos despues.*)

QUIT. Dice usted que Juan Palomo?...

CIERVO. Sí, que lo estoy esperando.

QUIT. Qué ganas de conocerlo
tengo? Dienen que es tan guapo!

CIERVO. Sí, pues á buen tiempo llega;
para guapezas estamos.

Señor, y yo que le digo?

Cómo este golpe le largo?

El que viene con fatigas

el camino atravesando

con el afan de encontrar

á su mujer... qué fracaso!

Por supuesto, que ese Engrudo

la culpa tiene; habrá estado

pasando el tiempo en tonteras

ó echándosela de majo

con esta muchacha, y mientras

el otro, se ha aprovechado;

y viéndose ya cogido

dió un golpe á Maria, es claro.

BAN. I.º Me parece que se sienten
las pisadas de un caballo.

CIERVO. Pues, hijos, resignacion

si es que aquí sucede algo.

(*Sale al encuentro de Juan Palomo, que llega; al verlo se detiene, y se lleva las manos á los ojos.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, y JUAN PALOMO.

CIERVO. Juan!

JUAN. Llegué tarde; lo sé.

CIERVO. Que lo sabes?

JUAN. Lo sospecho.

CIERVO. Juan!

JUAN. Callas! Lo ves? Qué te hecho?

Dios mio!

CIERVO. Lloras? Por qué?

Mira que te están mirando;

qué dirá de ti esa gente?

JUAN. Dirán que han visto á un valiente
por sus pesares llorando.

Qué me importa?

CIERVO. Qué agonía!

Cálmate un poco; descansa...

JUAN. Perdida ya la esperanza,

dónde encontraré alegría?

Ciervo, ya sufrir no puedo,

que mi paciencia se acaba.

Muchos males esperaba,

mas ya á tantos tengo miedo.

Dime pues, lo que haya sido

de Maria... Asesinada

quizás...

CIERVO. En esta posada.

JUAN. Y quién?...

CIERVO. No lo has comprendido?

JUAN. Pero, cómo...?

CIERVO. Y yo lo sé?

cuando yo llegaba aquí,

venia Engrudo tras de mí,

y al verlo le pregunté;

Llega pronto.—Me responde.

Llega, que llegamos tarde,

que la mata ese cobarde.

Llama pronto.—Pero á dónde?

Entonces logré entender

y en esta puerta escuchar

una voz fuerte llamar,

que era una voz de mujer.

Llamamos, y nada, nada:

nadie á nuestra voz contesta,
nos dan por toda respuesta
alguna voz, pero ahogada.
Echamos la puerta abajo
despues de mucho llamar,
y cuando fuimos á entrar...

JUAN. Vamos: dilo sin trabajo.

CIERVO. María...

JUAN. Acaba. Por vida!...

CIERVO. Negro el rostro, destrozada
su ropa... En fin, Juan, ahogada,
se encontraba aqui tendida.

JUAN. Muerta?

CIERVO. Vas á preguntar?

JUAN. Dios mio!

CIERVO. Por de contado.

JUAN. Pero él...

CIERVO. Se habia escapado.

JUAN. Y no le haiis podido hallar?

Oh! Cobardes! Ese es
vuestro afan por mí?

QUIT. (Qué enredo!)

JUAN. Tuvisteis acaso miedo,
ó ya no os causo interés?

CIERVO. Juan, si tu dolor no viera,
quizá no te respetára.

Cobarde yo! Y en mi cara
decírmelo!...

JUAN. Ciervo, espera,
y por Dios, no me hagas caso,
que de pena me sofoco.

No puedo mas, estoy loco!

QUIT. (No es para menos el paso.)

JUAN. Perdóname, si ofender

pude al amigo querido.

Ciervo, todo lo he perdido,
cómo á ti te he de perder?

CIERVO. Una mujer llora y pena

en este mundo de abrojos:

no se le secan los ojos;

y eso es de amor; Magdalena...

JUAN. Calla!

CIERVO. Tu mujer, alli

está. Ya no sufre nada.

Paga una deuda sagrada,

mira que muere por tí.

Ya que Dios en su razon

pesares dá á tu quebranto,

enjugá al menos el llanto

que destroza un corazon.

Un corazon que bebia

de tu cariño el aliento,

que muere de sufrimiento

desde que hallaste á María.

Y Dios te bendecirá,

y allá desde el alto cielo,

acaso para consuelo

su perdon te mandará.

Dios no ha querido á tu pena

darle la esposa del alma,

ve, Juan, á buscar la calma

al lado de Magdalena.

JUAN. Iré, pues lo quiere Dios.

CIERVO. El dé reposo á tu vida.

JUAN. Ya tengo la fé perdida.

CIERVO. Ella de tu vida en pos

á tu pecho tornará.

Dios tan solo el mundo rige,

y él, que todo lo dirige

calma tambien te dará,

JUAN. María! La quiero ver.

CIERVO. Y qué vas á conseguir?

Déjate de mas sufrir,

déjate de padecer.

Te estás ahogando, la herida

está por cicatrizar.

Es, que quieres acabar

ya de una vez con tu vida?

JUAN. Oh! no puedo.

CIERVO. Por mi nombre!

Otra vez llorando? Quieres

redoblar tus padeceres?

Acuérdate que eres hombre.

Acuérdate que en el cielo

hay un Dios que es infinito:

despues de tanto conslieto

él, Juan, te dará consuelo.

Acuérdate que te espera

un ángel en oracion;

ten de ese ángel compasion.

JUAN. Ay! Ciervo!

CIERVO. Me desespera!...

JUAN. Yo vine al mundo á penar,

viendo en dolor profundo.

CIERVO. Dios para eso vino al mundo

y se hizo crucificar.

(Juan reflexiona un momento; echa los brazos al
Ciervo, y salen los dos.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO V.

Pobreza y Expiacion.

(Patio de un cortijo, cerrado por tapia al fondo, por cima de la cual se descubre una montaña espesa. Puerta con cobertizo á la izquierda, que dá entrada á la casa; otra á la derecha que comunica al pajar. Sillas rústicas, entre ellas una grande con brazos, colocada á la izquierda delante de la puerta. Al levantarse el telon, aparecen sentados á la derecha, en primer término, el Ciervo, el tio Caracoles hablando entre sí, mientras varios labriegos de ambos sexos forman grupo, entre los cuales uno canta á la guitarra.)

ESCENA PRIMERA.

EL CIERVO, el tio CARACOLAS, LABRIEGOS.

LAB. (Cantando.) De las penas del mundo

la mayor pena,

es querer y que á uno

nadie lo quiera.

Quien amor siente,

ya tiene en esta vida

hecha su suerte.

CAR. Vamos, muchachos; ya es hora

de recogerse, que luego

hay mucho que madrugar

para ganarse el sustento.

(Los labriegos se levantan, y se van retirando.)

Hasta mañana, muchachos.

Buenas noches. Vaya, Ciervo,

conque tanto pena Juan?

CIERVO. Su mal no tiene remedio.

Han sido muchas desgracias.

CAR. Pero yo, por lo que veo,

la señorita lo quiere

con delirio, con estremo.

CIERVO. Y qué le produce á Juan ese amor? Remordimientos tan solamente le causa, por mas que yo le aconsejo. Tio Caracoles, para el están muy malos los tiempos. Juan, hecho á manejar mucho, se vió un dia sin dinero. Tropezó con su mujer que buscaba con empeño, y tropezó en mala hora, pues una noche, me acuerdo, á él dieron dos puñaladas y á ella... Vamos, si no quiero recordar... Calcule usted si el asunto es para menos. Encontrarse á su mujer, encontrarse á su hijo Diego, á quien Juan habia herido poco antes sin conocerlo; ver un poco de fortuna, mirarse unidos con ellos, creerse feliz, y de pronto perder á ella y creerse muerto! Por fortuna sus heridas curaron en poco tiempo, y salimos á buscar á María; pero el perro que se la llevó al saber que nosotros descubiertos habiamos, sin pensarlo, su escondido paradero, á María asesinó casi en el mismo momento que llegábamos; de allí, sin que se advirtiese, huyendo.

CAR. Pero, dice usted que Engrudo?..

CIERVO. Engrudo en su seguimiento salió, pero, para qué?

Ni al picaro ha descubierto, ni de él se ha sabido más desde que salió á cojerlo.

CAR. Y entonces, Juan?..

CIERVO. Juan entonces llevado de mis consejos, se retiró de aquel sitio. Dejé dispuesto el entierro de María, y á Madrid nos marchamos al momento. Al llegar nos encontramos con otro gran contratiempo; conque el hijo de María de su herida habia muerto. Calcule usted cual de Juan seria entonces el sentimiento. Haber perdido á María, haber matado á su Diego, y encontrarse á Magdalena tambien penando y muriendo. El se abatió, pero yo me dije: qué nos hacemos? Si esta mueha se muere, no hay ya en el mundo consuelo para Juan.—Entonces fui y mandé llamar al médico. Vió á la enferma y recetó que sacándola del cieno que se respira en Madrid,

se la condujese á un pueblo de aires puros. Hablé á Juan, y acordándose del tiempo en que andaba por la sierra, me dijo:—Quisiera, Ciervo, irme al cortijo del tio Caracoles: los recuerdos que aquel sitio para mí tienen, me darán consuelo. Allí viví con mi madre, allí á mi hermano dió el cielo una mujer á quien yo amé con delirio ciego. Allí conocí á María, allí á mi padre vi muerto, allí á Dios pedí perdon y allí el indulto nos dieron. Allí está mi sino; allí quiero que vayamos.—Bueno, le dije: y todas las cosas al instante disponiendo, arreglamos el viaje y nos vinimos.

CAR. Por cierto que me dió tanta alegría! Como que yo en otro otro tiempo lo conocí... Pero, dime: de su hermano, qué se ha hecho?

CIERVO. Quién sabe! Cuando el perdon á todos siete nos dieron, él se casó con Luisa.

Tomó posesion á un tiempo del título y del caudal de ella, y los dos se fueron, para evitar que la gente murmurara, al estranjero. De allí pasaron á América, á Juan entonces escribieron, y él les contestó, y al cabo de dos años ¡qué! de menos, cortaron correspondencia y nada á saber se ha vuelto por mas que se ha preguntado del paradero de ellos.

CAR. Y dime tú: del caudal de María, qué se ha hecho?

CIERVO. Como que murió su hijo, unos parientes vinieron y se cargaron con todo.

CAR. Válgame Dios, cuánto enredo!

CIERVO. La vida de Juan Palomo es una vida de perro; solamente él sufriria lo mucho que está sufriendo.

CAR. Y ya se tarda esta noche.

CIERVO. Le prueba bien el paseo á Magdalena.

CAR. La pobre está mal...

CIERVO. Ya lo comprendo.

CAR. Con los aires de la sierra, quizás...

CIERVO. Qué, no; lo que es eso...

Si se casáran, tal vez...

El á hacerlo está dispuesto.

CAR. Cállate, que viene.

CIERVO. Asómese usted.

CAR. (Asomándose al foro.) Son ellos.

(Entran por el fondo Magdalena, apoyada en los

brazos de Juan Palomo y Quiteria.)

ESCENA II.

Los mismos y JUAN PALOMO, MAGDALENA y QUITERIA.

JUAN. Buenas noches.
 CIERVO. Buenas noches.
 CAR. Buenas noches.
 CIERVO. Qué tal?
 MAG. Bien, con el paseo.
 JUAN. Hoy está mucho mejor.
 CAR. Se conoce.
 CIERVO. Me alegro.
 JUAN. Quieres recogerte ya?
 MAG. No, Juan, que tan bien me siento, que aquí descansar mejor que recogerme prefiero.
 QUIT. En esta silla. *(señalando la de brazos)*
 MAG. Si, si.
 Aquí. *(La dejan colocada en la silla)*
 JUAN. *(Este rato aprovecho para hablarla.)*
 CIERVO. Pues nosotros entonces, vámonos dentro, que ustedes querrán hablar.
 MAG. Es igual...
 JUAN. *(Déjanos, Ciervo.)*
 QUIT. *(Y Engrudo sin parecer!...)*
 Qué será de él?
 CIERVO. Ahí dentro te esperamos. Vamos, tío Caracoles.
 CAR. Hasta luego. *(vase.)*

ESCENA III.

JUAN y MAGDALENA.

JUAN. *(sentándose cerca de Magdalena.)*
 Qué noche tan hermosa!
 MAG. Si.
 JUAN. Cuántas de ellas pasé en mis mocedades por esta sierra!
 MAG. Feliz serías.
 JUAN. Feliz! Nunca lo he sido, por mi desdicha.
 MAG. Pero puedes aun serlo.
 Tu vida es larga.
 Triste yo, que la mía miro cual pasa.
 JUAN. Si das en eso...
 MAG. Ay! Juan! que esto se acaba... Dios lo ha dispuesto!
 JUAN. Pobrecilla!
 MAG. Del día cuento las horas, y todas las que cuento todas me sobran. En un momento, cuando mas descuidada... la muerte espero.
 JUAN. Vamos; esa es manía, tu mal no es grave... Pronto hallarás alivio con estos aires. Dios quiere mucho los ángeles.
 MAG. Qué dices?
 JUAN. Que tú eres uno.

Y hoy tu vida, ya es vida.
 MAG. Vana quimera!
 Un momento tranquilo que Dios me deja.
 Despues...
 JUAN. Capricho...
 MAG. Despues... Breve es la calma del tiempo mio.
 JUAN. Pues bien; ya que tranquila te encuentro ahora, es menester que hablemos de muchas cosas.
 MAG. Tambien lo ansío.
 JUAN. Empieza tú.
 MAG. Primero tú.
 JUAN. Yo he vivido luchando en una guerra grande, muy grande; no conocí del mundo mas que pesares. vida de abrojos; de llorar ya no tienen llanto mis ojos. Tú lo sabes. En medio de estas fatigas, una ilusion risueña me daba vida. Pensando en ella, mitigar he podido tanta tristeza. Una vez la fortuna en mi camino, esta ilusion me puso como un prodigio. Dios le dió forma de mujer, siendo un ángel; mujer hermosa. Ella tan solamente paz á mi pecho daba, en mitad acaso del desencuelo; que ella me amaba, cuando solo á mi lado se consolaba. Yo la miraba pura y me decia:
 —Su honor es su tesoro; quién se lo quita?
 Yo no soy mio, no puedo darle ahora mas que martirio. Y así volaba el tiempo, ella soñando, y yo muerto por ella, muerto, y penando. Ella callaba; yo tambien mis amores se los negaba. Así pasaron tantas y tantas cosas!... La niña en este mundo se hallaba sola. Yo, poco á poco, tambien en este mundo me miré solo. Mas vi que ella enfermaba, que se moría, que acaso eran amores

los que sufrí.
Yo que espiraba
y era también de amores,
qué hacer, si amaba?
Una noche... cual esta,
pura, tranquila,
yo me encontré con ella
de silla á silla;
y loco, ciego,
quise á tantas angustias
poner ya término.
Le hablé de mis amores
de mi desgracia;
le dije:—Dame vida
que ya me falta—
Y ella...

MAG. (con afán.) Dios mío!
Ella...

JUAN. Acaba.

MAG. Te adoro,
mi Juan, te dije.

JUAN. Y luego...

MAG. (cortada.) De esa historia
yo no sé nada...

JUAN. Luego, con tierno afecto
los dos se amaban.

MAG. Y eran dichosos...

JUAN. Y Dios les daba vida,
vida y reposo.

¡Sí, porque ella muriendo
ha tiempo estaba,
y desde aquel momento
se reanimaba.

MAG. ¡Sí; estaba buena.

Ay! Juan! Ay! Juan del alma!

JUAN. Ay! Magdalena!

(Magdalena poseída de febril entusiasmo deja caer
la cabeza en cuanto lo permite la debilidad que padece,
en los brazos de Juan.)

MAG. Ay! (Después de una pausa y como sintiéndose
agravada en el mal que padece.)

JUAN. Qué?

MAG. Que me siento mal.

JUAN. Eso será la emoción.

MAG. Es, Juan de mi corazón,
que si una dicha ideal
mi espíritu ha reanimado,
porque feliz me he sentido,
cuando se ha desvanecido
comprendo que me he engañado!

JUAN. Oh! Magdalena!

MAG. Ay de mí!

JUAN. Ahora morir...! No, Dios mío!

Si tú mueres, sino impío!
qué hago en el mundo sin tí?
Oh! no es posible; mi afán
Dios verá desde ese cielo,
y alguna vez á mi anhelo
dará la ventura...

MAG. Juan!

JUAN. Quizás eso será nada.

Un mareo...

MAG. Puede ser...

JUAN. La emoción. Quizá el placer...

MAG. Me siento tan fatigada...

JUAN. Es forzoso. Esta agonía
es preciso disipar
y de una vez acabar.

Mañana, al romper el día,
fuerza es que lezo sagrado
nos una. Cerca de aquí
hay una capilla; allí
un ermitaño encerrado
dicen que existe. Enviaré
á buscarle, y conclusion,
dándonos su bendición,
á esta situación pondré.
En tanto tú descansar
debes.

MAG. No, Juan, que me siento
mejor y quiero el momento,
que es precioso, aprovechar.
Un secreto hay en mi ser
que aunque me impone respeto
el decirlo, es un secreto
que se tiene que saber.

El momento ya ha llegado,
pues que te espresaste así.
Venga ese ermitaño aquí.
Cuando le haya revelado
el secreto, él me dirá
si debo aceptar tu mano
y descubrirte el arcano.
Hazle venir.

JUAN. Sí, vendrá.
Pero ese secreto...

MAG. Es mío.
Primero la religion.
Haga yo mi confesion
y despues en Dios confio.

JUAN. ¡Ciervo! (llamando.)

ESCENA IV.

Los mismos, el CIERVO, el TIO CARACOLAS y QU-
TERIA.

CIERVO. Qué quieres?
JUAN. Preciso

es que el camino tomando,
vayas de aquí á la capilla
y digas al ermitaño
que venga, que es caso urgente.

CIERVO. Pues, qué hay?

JUAN. Haz lo que mando.

Qué te paras? Magdalena
necesita de su amparo.
Quiere confesar con él,
pues mañana nos casamos.

CIERVO. Bien, Juan, me das tanto gusto
con eso, que ya no paro
hasta verme aquí de vuelta
con ese buen ermitaño.

QUIT. (Todos se casan aquí,
y Engrudo sin venir... Vamos,
que esto es para que una loca
se vuelva.)

(Aparece en la puerta del foro D. Pedro con el mismo ro-
page que en el acto anterior, pero sucio y despedazado, la
barba larga y marcadas en su rostro las huellas del hambre
y del cansancio.)

ESCENA V.

Los mismos y D. PEDRO.

CIERVO. (alsalir.) Qué es eso, hermano?
Qué se ofrece?

D. PED. Algun socorro

necesito. Caminando vengo, y al llegar aqui me he sentido tan cansado, que á implorar la caridad de ustedes llegué.

CIERVO. El amo es el señor. (Me parece este hombre mal encarado.)

CAR. Pues que Dios ampare á usted. Tengo el cortijo ocupado con la gente, y descansar aqui no puede...

D. PED. Qué aciago es mi sino. En este mundo para el pobre no hay amparo.

JUAN. Y de dónde viene?

D. PED. Vengo de luengas tierras.

JUAN. Y, andando?

D. PED. Los pobres así caminan. (Qué miro? Esa cara!) (queriendo reconocer á Juan.)

MAG. Vamos, Juan, intercede por él.

D. PED. (Juan, es él! Dios me lo ha echado en mi camino!)

JUAN. Buen viejo, ya que otra cosa no hagamos buena en el mundo, siquiera la caridad...

CAR. Bien; hermano, recójase en el pajar.

D. PED. Dios se lo pague.

CIERVO. (Estos vagos!..)

Conque, yo vuelvo. (vase.) (señalando la puerta derecha á Don Pedro.)

CAR. Por ahí.

(Vase Don Pedro por dicho lado, lanzando sobre Juan Palomo una mirada escudriñadora.)

ESCENA VI.

JUAN PALOMO, MAGDALENA, el TIO CARACOLES y QUITERIA.

JUAN. Magdalena!

MAG. Juan.

JUAN. Descanso necesitas. Mientras llegan el Ciervo y el ermitaño, bueno es que pases adentro. La noche vá refrescando, y no puede convenirte estar aqui.

MAG. Vamos.

JUAN. Vamos.

Ayúdame tú. (á Quitéria.)

QUIT. Al momento.

(Cojen cada uno de un brazo á Magdalena para conducirla.)

MAG. Ay!

JUAN. Qué es eso?

QUIT. (Esto vá malo.

La señorita se vá por la posta.)

MAG. Mas despacio.

No puedo.

JUAN. Qué! Estás peor?

MAG. Ay, Juan! Peor.

JUAN. (Cielo'santo!

La voy á perder tambien?

Resignacion.) (entran por la izquierda.)

CAR. Ese estado...

Tiene tan malos papeles, que el vivir será un milagro.

(Entra tras ellos. Despues de un momento, sale Don Pedro con el mayor sigilo y cerciorándose de que nadie lo observa.)

ESCENA VII.

DON PEDRO solo.

Es él... No hay duda... Su voz... aquella cara... Su gesto...

Aquí sin duda me trae

para vengarme el infierno.

Qué casualidad! Oh! El sino!

Yo ya del mundo, qué espero?

Arruinado, fugitivo,

por los caminos muriendo...

Soy eriminal, y mi crimen

estoy pagando. Hubo un tiempo

en que el mundo yo miraba

como mio. Hoy... Bah! Durmiendo

he vivido... Fué quimera...

No soy mas que un ser perverso.

La vida! Carga pesada!

Yo con la vida no puedo.

Maté á María... Después

de María, ya qué espero?

Desde entonces vivo errante,

de la gente vivo huyendo,

del brazo de la justicia...

Por todas partes la veo...

Su sombra es mi sombra... Y hoy

con ese hombre me encuentro

para recordar mi crimen,

para embrabecer mis celos.

Si pudiera... No saldrá.

Quién sabe! Mas tarde, luego

cuando todos se recojan,

cuando todo esté en silencio...

Probaré... No se aperciban

ahora... Por aquí... Esperemos.

(vase por la derecha.)

ESCENA VIII.

El tío CARACOLES y QUITERIA.

QUIT. (l'orando.) Ay qué dolor! Que se muere!

CAR. Quizás no.

QUIT. No está usted viendo?

Ya no le queda de vida

mas que de vivir descos.

Qué lástima! Pobrecita!

Vea usted, cuando iban San Pedro

y San Pablo á bendecirla!

Qué desgraciadas que hemos

todas nacido.

CAR. Muchacha;

vamos, no llores.

QUIT. Si, quiero.

Que somos muy desgraciadas

las mujeres.

CAR. Si, por cierto.

Los hombres son muy felices!

QUIT. Pues ya se vé. Juegan ellos,

y á la postre siempre ganan

mientras nosotras perdemos.

Y mire usted, yo...

CAR. Pues tu...
qué tienes?

QUIT. Pues poco tengo.
Sin acordarme de un hombre
he vivido mucho tiempo.
Y no es que yo fuera buena,
no señor; pero no es esto
del caso. Un día vi á Engrudo,
él me echó cuatro requiebros,
me dijo unas cosas... vamos,
me entusiasmaron, me hicieron
por él perder el sentido;
así es, que cuando muy serio
Engrudo me dijo:—Envío,
es claro, yo dije:—Quiero.—
Luego se fué, le esperé,
no volvió y perdí el sosiego!

CAR. Mira, con el ermitaño
aquí se aproxima el Ciervo.
(*Aparecen por el foro el Ciervo y María en traje
de religioso.*)

ESCENA IX.

Los mismos, EL CIERVO y MARÍA.

CIERVO. Mira, muchacha, acompaña
al padre; llévalo dentro,
y dile á Juan que aquí fuera
si algo se le ofrece, espero.
(*vase María y Quitéria por la izquierda.*)

ESCENA X.

EL CIERVO y EL TIO CARACOLES.

CIERVO. Cómo está la enferma?
CAR. Mal.
CIERVO. Válgame Dios!
CAR. Por momentos
se va poniendo peor.
CIERVO. Y Juan?
CAR. Calcula.
CIERVO. Si á tiempo
se hubiera casado... vaya!
Si lo dije; si el ser bueno...
CAR. Cállate, que sale aquí.
CIERVO. Llorando!
CAR. Malo vá eso.

ESCENA XI.

Los mismos y JUAN PALOMO.

CIERVO. Juan!
JUAN. Ciervo! (*llorando.*)
CIERVO. Vamos, prudencia.
JUAN. Déjame llorar.
CIERVO. Evita...
JUAN. Es que en mi pecho se agita
el grito de mi conciencia.
Magdalena!...
CIERVO. Ya lo sé;
pero puede...
JUAN. Ya no hay medio;
eso no tiene remedio.
CIERVO. Vamos, Juan, tengamos fé.
Si te apuras...
JUAN. La razón
se me ofusea. Cuando gimen
mis ojos, miro mi crimen

y mi grande expiación.

CIERVO. Pues, vamos, no hay que afligirse;
pecho al agua, y á vivir.

JUAN. Ciervo, si se vá á morir,
no quieres?...

CIERVO. Pero morirte
es preciso?...

JUAN. Ya lo veo;
mas yo que en ella soñaba,
yo que en su amor esperaba,
que era mi solo deseo;
yo que nn porvenir risueño
en ella habia concebido,
todo lo miro perdido
cual la quimera de un sueño.
Tan malo he sido?

CIERVO. Y qué hacer?
Si es castigo, bien está;
no queda remedio ya,
mas que sufrir, padecer.

JUAN. Es que yo me arrepentí;
es que soy bueno.

CIERVO. No es caso;
para Dios diste un mal paso,
y te castiga.

JUAN. Ay de mí!
Solo otra vez!...

CIERVO. Juan, modera
tu dolor; conformidad
es preciso...

JUAN. Mi ansiedad
que es fundada considera.

CIERVO. Porque lo sé te consuelo.
No estaba, Juan, para tí.
Dios la lleva para sí
y le dá entrada en el cielo.
Cumpliste con tu deber;
la trataste como honrado.

JUAN. Juro á Dios que no he tocado
con un dedo á esa mujer.

CIERVO. Y qué hace?

JUAN. Su confesion.
Resignada á su destino,
busca de Dios el camino
en la Santa Religion.

ESCENA XII.

Los mismos, QUITERIA, despues los labriegos.

CIERVO. Qué tracs tú?

QUIT. (*llorando.*) Yo...

JUAN. Oh! Lo comprendo.
Magdalena!... (*Corre hácia la puerta izquierda,
pero el Ciervo lo detiene; Quitéria se ha ido por
el fondo y vuelve á poco con los labriegos.*)

CIERVO. Juan, detente.

JUAN. Oh! Quiero verla...

CIERVO. Imprudente!

JUAN. Con verla á Dios yo no ofendo.

Quiero mirarla morir,
aspirar su último aliento.
Déjame.

CIERVO. No lo consiento.

JUAN. Ciervo, déjame salir.

CIERVO. Juan: qué vas á hacer?

JUAN. (*casi sin poder hablar de dolor.*) Dios mio!
Magdalena!

CIERVO. Dios lo manda.

JUAN. No me detengas.

CIERVO. (*dejándole paso.*) Pues anda.

JUAN. Súeltame.

(*Vá á correr hácia la puerta de la izquierda, pero al dar el primer paso, la voz de María lo detiene. Esta aparece en el dintel de la puerta.*)

ESCENA XIII.

Los mismos y MARÍA.

MAR. Detente, impío.

JUAN. Oh! Esa voz!... (*retrocediendo admirado.*)

MAR. En tu demencia,

este grito que profiero,
es el grito justiciero,
el grito de tu conciencia.

JUAN. Oh! Vete, sombra, que al verte
un mal augurio me das.

MAR. Entra pues, y encontrarás
la agonía de la muerte.

JUAN. Oh!

CIERVO. (*Desgraciado!*)

MAR. Me envía
el cielo...

JUAN. Mas... tú? Dios mio!
Tu voz...!

MAR. Mira...

JUAN. Desvario!

Tú, tú? Dios santo! María!

MAR. De tu huella en el camino
Dios conservó mi existencia
para aterrarr tu conciencia.
Ya se cumplió tu destino.

JUAN. Pero...

MAR. Muerta me creí;
como muerta me dejaron;
dos bandidos me salvaron,
todos tus pasos seguí.
Apenas pasado un día
de tu conyugal dolor,
en los goees de otro amor
olvidastes á María.
Pero Dios, que en su poder
y en su justicia es clemente,
que te salve me consiente
cuando te ibas á perder.
Ibas á ser criminal
otra vez...

JUAN. No te comprendo...

MAR. Ibas á casarte...

JUAN. Entiendo...

Iba á remediar un mal.
Que yo muerta te creía,
esa niña me adoraba,
y porque yo nõ la amaba
loca, ciega se moría.
Y esto es crimen? No me aflija
tu acusacion...

MAR. Sí por cierto,
que el cuerpo que ahí yace muerto,
es el cuerpo de tu hija.

(*admiracion general.*)

JUAN. Justo Dios!

MAR. Oyeme, Juan.

Fingí penitente ser,
tan solo por conocer
dónde llegaba tu afan.
Y vine aquí falsamente
á prestar en la agonía
de esa niña, luz que envía

Dios en su bondad potente.

Llegué, observé y á la luz
moribunda que allí estaba,
ví que en su pecho brillaba
de diamantes una cruz.

Mis ayes le preguntaron:

—Niña, esa cruz?—Me la dieron

los dos seres que murieron,
que por mis padres pasaron.

Con ella puedo encontrar
al ser que á mí ser me diera,

y si morir no quisiera
es para poderlo hallar.—
Frenética en mi ansiedad
prorumpí.—Esa cruz es mía,—
y gritando:—Madre mía!—
se elevó á la eternidad.

JUAN. Dios mio!

MAR. En tanta adieccion

dudar de Dios no es posible.

Cuando el crimen es terrible,
es terrible la expiacion.

Y es que nuestra vida está
llena de horror y de espanto,

llena de luto y de llanto.—
(*Suena por la derecha un disparo de arma de fuego.*)

JUAN. Oh! Qué es esto?

CIERVO. Qué será?

(*Todos van á correr hácia la puerta de la derecha, pero se contienen al ver presentarse en ella á don Pedro herido mortalmente y con un puñal en la mano. Este primero se apoya sobre el quicio de la puerta, despues fija su atencion en Juan y en María, los reconoce, dá un paso hácia ellos, preparando el puñal como para acometerlos, pero le faltan las fuerzas y cae despues de la transicion y los versos siguientes.*)

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, D. PEDRO, despues ENGRUDO.

D. PED. María!.. Viva!.. El infierno!..

Oh! Maldicion! Ah! (*cae.*)

CIERVO. Qué ha sido?

MAR. El! (*reconociéndole.*)

JUAN. (*id.*) Infame!

MAR. Lo ha traído
su mal sino...

JUAN. Dios eterno!

Mas sangre! Mas, quién ha osado...

Quién ha matado á ese hombre!

ENG. (*apareciendo por la derecha.*)

Quien juró vengar tu nombre
y quien cumplió lo jurado.

Todos. Engrudo!

ENG. Tarde llegué

para salvar á María.

Juré vengarla, á fé mia,
que hasta haerlo, no paré.

La noche de la pelea,
cuando allí la asesinó,

el pícaro se escapó
por aquella chimenea.

Por la misma le seguí,
y así tres meses he estado

hasta que hoy desesperado
ya de encontrarlo, le ví.

Aquí entró; busqué ocasion
para poderlo atrapar;

me colé por el pajar
y le di mi absolucion.

Pero usted?.. (á *María*.)
 MAR. Qué hay que te asombre?
 Vivo...
 ENG. Y tú aquí? (á *Quiteria*.)
 QUIT. Pues, qué hacer?
 Te quise...
 ENG. Vaya, mujer,
 ven, aquí tienes á un hombre.
 Pero, qué pasa hoy aquí?
 QUIT. Que murió la señorita
 Magdalena...
 ENG. (llorando.) Pobrecita!
 JUAN. María! (abriéndola los brazos.)
 MAR. Juan! (cayendo en ellos.)
 JUAN. Ven; así!
 Siempre unidos! Un hogar
 pobre, muy pobre me espera.
 MAR. Iremos. Allí siquiera
 podremos solos llorar.
 Hijos míos!
 JUAN. Está bien;
 por nuestros hijos lloremos.
 Nosotros no tardaremos
 en ir con ellos también.
 Dios es justo. Fui ladrón,
 aunque á nadie asesiné;

todas mis culpas pagué,
 en una eterna aflicción.
 Nada tengo, no me queda
 mas que un corazón helado
 para llorar mi pecado;
 que Dios al fin me conceda
 un lecho donde morir
 en un retiro escondido,
 ya que el mundo no ha querido
 mi pecado redimir.
 La pompa del mundo vana
 hace que el vicio domine,
 y que el hombre no imagine
 lo que le espera mañana.
 Fuera vanidad mundana
 al ver nuestra contricción,
 nos dará Dios su perdón
 porque yo recapacité,
 que si grande fué el delito
 grande ha sido la expiación.

FIN DEL DRAMA.

